



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

SISTEMA DE UNIVERSIDAD ABIERTA Y EDUCACIÓN A DISTANCIA

**IGNACIO M. ALTAMIRANO, SUS PRECEPTOS
NACIONALISTAS Y DE LITERATURA NACIONAL A
PARTIR DE LAS *REVISTAS LITERARIAS DE MÉXICO***

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS**

PRESENTA:

YESSENIA RUIZ ESTRADA

ASESOR:

LIC. ANDRES ARMANDO MARQUEZ MARDONES

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD.MX., 2021.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres, a Iván, a Ernesto;
a los que nunca dejaron de creer en mí.

Índice

	Pág.
Introducción	5
1. Ignacio M. Altamirano	8
1.1. Vida.....	8
1.2. Bibliografía.....	13
2. Desarrollo de publicaciones en el siglo XIX	22
2.1 Algunas publicaciones.....	25
2.2 Novelas por entregas.....	28
2.3 Literatura e historia, binomio indisoluble.....	30
3. Antecedentes nacionalistas	34
3.1 Primer romanticismo mexicano.....	36
3.2 Academia de Letrán.....	38
3.3 Liceo Hidalgo.....	42
4. Un proyecto literario nacionalista	46
4.1 Veladas Literarias de 1868.....	52
4.2 <i>Revistas Literarias de México</i>	54
4.3 Periódico literario <i>El Renacimiento</i> , 1869.....	58
5. Contenido por capítulos de las <i>Revistas Literarias de México</i>	63
5.1 Renacimiento de la literatura mexicana.....	64
5.2 Elementos para una literatura nacional.....	67
5.3 Novelas.....	69
5.4 Veladas Literarias.....	72
6. Síntesis de las características específicas de la literatura nacionalista altamiranista	73
6.1 Sentido educador.....	73
6.2 No imitación servil.....	75
6.3 Misión patriótica.....	76
6.4 Sentido moral.....	78
6.5 La novela como libro de masas.....	79

6.6 Contribuir a la mejora de la sociedad mexicana.....	80
7. El nacionalismo: un movimiento literario visible.....	82
7.1 Periodo de auge del nacionalismo.....	87
7.2 Necesidad histórica.....	89
7.3 Impacto real nacionalista.....	91
8. Vislumbramiento del modernismo.....	95
9. Conclusiones.....	98
Bibliografía.....	103

Introducción

Ignacio Manuel Altamirano Basilio es una de las figuras centrales tanto en el terreno literario como en el político del agitado siglo XIX mexicano. Su papel como abogado, escritor, periodista, maestro y político lo llevaron a ser uno de los hombres con mayor criterio en la etapa que le tocó vivir; es decir, justo en el periodo en el que México, como país, buscaba definir las bases políticas, ideológicas y sociales que lo sustentarían como nación independiente.

Lo estudiaremos como figura literaria, pero particularmente sus planteamientos de literatura nacional, un proyecto encaminado a la integración y educación del pueblo mexicano. Parto de sus *Revistas Literarias de México*, publicación que vio la luz entre el 30 de junio y el 4 de agosto de 1868; con la que inaugura, de acuerdo con José Luis Martínez, una “etapa decisiva en la historiografía de la literatura mexicana”. (*La literatura*, tomo I, pág. viii).

Se busca analizar a lo largo de este estudio qué fue lo que Ignacio Manuel Altamirano entendió por literatura nacional, qué buscaba, en qué sustentaba su planteamiento, el por qué y para qué. Cabe señalar que, como todo planteamiento nuevo, también fue tomado con cierta reserva, e incluso, fue debatido por algunos intelectuales en la séptima década del siglo XIX; me refiero a la segunda etapa del romanticismo mexicano y a cuando éste perdía terreno como resultado del inicio de una nueva estética literaria, el Modernismo. Es decir, la literatura mexicana de finales de siglo estaba preparada para expandir sus horizontes; diferentes en los que Altamirano planteó su literatura nacionalista. Aquí quizás logre establecer algunas posibles fronteras del pensamiento altamiranista.

En el terreno de las letras, el siglo XIX ha sido uno de los más prolíficos, pues muchos de sus escritores participaron de manera activa y en diversos terrenos en la formación del nuevo México independiente. La producción literaria de la época, así lo demuestra.

En el primer capítulo de las *Revistas literarias de México*, Altamirano consideró que hacia 1868, era “la ocasión, pues, de hacer de la bella literatura un arma de defensa... (porque) todo es accesible al genio mexicano”. (*La literatura*, tomo I, pág. 16).

El escritor guerrerense estaba plenamente convencido de que hacia este año, existía un “movimiento literario visible”. Así lo dejó asentado en el capítulo II, denominado *Elementos para una literatura nacional*, de la publicación enunciada líneas arriba:

Hoy se están publicando a un tiempo varias novelas, poesías, folletines de literatura, artículos de costumbres y estudios históricos, toda obra de jóvenes mexicanos, impulsados por el entusiasmo que cunde más cada día. El público, cansado de las áridas discusiones de la política, recibe con placer estas publicaciones, las lee con avidez, las aplaude; y todo nos hace creer que dentro de poco, podrá la protección pública venir en auxilio de la literatura y recompensar los afanes de los literatos, no siendo ya este trabajo estéril y sin esperanza. (*La literatura*, tomo I, pág. 9).

Altamirano fue un escritor nato, amante de la literatura universal y un intelectual que buscó aportar, con su concepción de la literatura, el nuevo rumbo que México habría de tomar integrándose como una nación sólida y educada. Tema de análisis en las presentes líneas.

Cierto es que para la aparición del primer número del periódico literario *El Renacimiento*, (2 de enero de 1869), -obra en la que Altamirano materializa sus planteamientos nacionalistas-, habían transcurrido casi 50 años desde la Independencia de México tras firmarse los Tratados de Córdoba en 1821; sin embargo, el país apenas había logrado consolidar el rumbo político que tomaría con la Restauración de la República, en 1867, después de varios vaivenes de corte militar, político y social, por ejemplo, la dictadura de Antonio López de Santa Ana en la década de los años 30, la invasión norteamericana en

1848, Las Leyes de Reforma en 1857, la intervención francesa de 1862, la llegada de Maximiliano de Habsburgo en 1865; hechos de los que también el escritor guerrerense fue partícipe.

De su participación activa en el desarrollo político del país, se desprende que haya construido este nuevo concepto en su etapa como escritor, el de literatura nacional, con el propósito de integrar y consolidar las letras nacionales; este desafío pone de manifiesto su preocupación y ocupación como autor por una cultura nacional.

José Luis Martínez, en el prólogo a la edición que denominó *La literatura nacional*, en el que recopiló revistas, ensayos, biografías y prólogos publicados por Ignacio Manuel Altamirano, sintetiza que: “aspiraba a que nuestra literatura llegara a ser expresión fiel de nuestra nacionalidad y un elemento activo de integración cultural”. (pág. ix).

Fue así como Ignacio Manuel Altamirano Basilio aceptó el desafío literario de su tiempo, al que destinó toda su energía, convicción y conocimiento interpretando literariamente las nuevas circunstancias históricas del país. Así lo concibe Vicente Quirarte, en el prólogo de la obra que lleva el nombre del autor guerrerense, al señalar que Altamirano fue el “trabajador intelectual y el promotor que capitaneó, a partir del triunfo de la República, la mayor empresa cultural de su siglo”. (*Ignacio*, pág. 17).

1. Ignacio Manuel Altamirano

1.1 Vida

Ignacio Manuel Altamirano Basilio, nació un 13 de noviembre de 1834, en Tixtla, Guerrero, una región indígena, en la que permeaba la ignorancia y la pobreza. Fueron sus padres, Francisco Altamirano y Gertrudis Basilio, ambos de sangre indígena; pero su padre tomó el apellido del español, Francisco Altamirano. El acta de nacimiento lo registra como Ignacio Manuel Homobono.

Para la época de nacimiento de Altamirano, la región de Tixtla pertenecía a la jurisdicción del Estado de México. Durante sus primeros años de infancia vivió en un entorno escolar con discriminación y racismo, de acuerdo con Edith Negrín:

Los niños eran separados en dos bancos: en uno se sentaban los hijos de los criollos y los mestizos, considerados “de razón” y destinados a adquirir diversos conocimientos. En otro, los indígenas que “no eran de razón” se dedicaban al aprendizaje de la lectura y a la memorización del catecismo. (*Ignacio*, pág. 19).

Altamirano aprendió español hasta que nombraron a su padre como alcalde de la demarcación de Tixtla; hasta entonces lo consideraron entre los hombres “de razón” y tuvo la oportunidad de mostrar sus habilidades como estudiante que le permitieron ganar, en 1849, una beca que otorgaba el Instituto Literario de Toluca para niños de escasos recursos con habilidades y talento para leer y escribir. recordaría esta etapa el propio Altamirano, de acuerdo con el texto de Edith Negrín:

Una ley benéfica del Estado de México, al que pertenecía entonces la comarca en que nací, me sacó de ella, designado para venir a estudiar en el Instituto Literario de Toluca (...) Aquella ley no sólo me favorecía a mí sino también a muchos jóvenes indígenas del Estado de México, pobrísimos como yo, y como yo condenados seguramente, si tal disposición no hubiera venido a salvarlos, a arrastrar una vida de ignorancia y miseria”. (*Ignacio*, pág. 20).

Para entonces el Instituto Literario de Toluca incluía educación básica y superior. Los estudios duraban 5 años, y no sólo se centraban en el estudio de la literatura sino también de otras humanidades y de la ciencia. También se impartían clases de música, educación física y buenos modales. En su segundo año, Ignacio empezó a desempeñarse como bibliotecario lo que le permitió desarrollar su amor por la lectura y conocer el acervo de la biblioteca, en su mayoría proveniente de Europa. Así inició su conocimiento de los clásicos griegos y latinos, de los enciclopedistas franceses y de otros tantos intelectuales.

Ahí en el instituto, Altamirano conoció a su más admirado mentor e influyente maestro: Ignacio Ramírez, “El Nigromante”, también de orígenes indígenas y figura central del liberalismo del siglo XIX. “Discípulo de Ignacio Ramírez (...) asiduo lector de la biblioteca liberal ahí reunida por Lorenzo Zavala (...) conoció desde las primeras letras el hambre intelectual, y a satisfacerla y a despertarla dedicó su vida”. Así sintetiza Huberto Batis esta etapa de vida de Altamirano en *Índices de El Renacimiento*, (pág. XV).

Para mediados de 1852, Altamirano, con 18 años, fue expulsado del Instituto por redactar la editorial del que sería su primer periódico “Los Papachos”. Su texto fue calificado de subversivo después de la expulsión de Ignacio Ramírez. También hay ciertos indicios de que su salida pudo haberse debido a deudas acumuladas o por alguna relación sentimental.

Los dos años posteriores, 1853-1854, estuvo sin actividad fija en la zona de Cuautla. Hasta que al estallar la Revolución de Ayutla se integró al movimiento armado. Era muy visible el descontento social que había producido la dictadura de Antonio López de Santa Anna. Regresó a su natal Guerrero y ahí se puso bajo las órdenes del general Juan Álvarez. El 16 de septiembre de 1855 pronunció su primer discurso cívico en Cuautla, ya concluido el movimiento armado. De acuerdo con algunos estudiosos altamiranistas, como Nicole

Girón, este discurso, asentado en el volumen XXIII de sus *Obras completas*, editadas por la SEP, es la primera manifestación conocida de su pensamiento político.

Para finales de ese año, llegó a la Ciudad de México para iniciar sus estudios en Derecho. Ingresó al Colegio de San Juan de Letrán, con una beca gracias a la recomendación del Presidente de la República, Ignacio Comonfort, a petición del general Juan Álvarez.

Hacia 1857, durante su segundo año en Leyes, asistía asiduamente al teatro y a reuniones literarias; leía poemas, crónicas y novelas que publicada en periódicos por entregas. La habitación de Altamirano en el Colegio Nacional de San Juan de Letrán, se convirtió en punto de reunión donde convergían algunos amigos, -hecho que parece recordar, justamente, los antecedentes literarios de la Academia de Letrán, en 1836, durante la primer etapa del romanticismo mexicano-.

Para 1858, Altamirano solicitó una dispensa para no cursar el cuarto año de jurisprudencia y presentar el examen de grado para recibir su título como abogado. Obtuvo calificación de excelencia. En 1859, contrajo matrimonio con Margarita Pérez Gavilán, haciéndose cargo de su madre y de sus cuatro medios hermanos. A ellos los adoptó como hijos, dado que eran menores que Margarita quien apenas tenía 17 años.

En 1860, decidió regresar a Guerrero para ejercer la abogacía; sin embargo, la guerra se intensificó en el sur del país y optó por unirse a las fuerzas militares del general Jiménez. Pese a no tener formación militar, mostró arrojo y valentía en el frente. Se desempeñó como asesor militar de la División del Sur hasta 1861 y fue electo diputado al Congreso de la Unión por el distrito de Acapulco e hizo uso de la tribuna para mostrar su elocuente oratoria. Fue en este contexto que llegó a llamársele el “Marat de los puros”, en alusión al liberal francés. Para 1862, con el ingreso del ejército francés al país, Altamirano mantendrá una intensa actividad política y periodística.

En 1863, tomó papel activo en las fuerzas armadas que combatían la invasión francesa y también contra el imperio de Maximiliano de Habsburgo. En 1865, fue nombrado coronel por el presidente Juárez al haber logrado triunfos militares importantes en el batallón que encabezaba. En 1867 participó en el famoso Sitio de Querétaro; según testimonios y de acuerdo con la narración histórica, Altamirano jugó un papel fundamental. Por todo lo anterior, es natural que su práctica literaria y sus planteamientos nacionalistas posteriores tengan antecedentes directos en sus actividades políticas y militares.

Con la Restauración de la República (1867), dejó de manera definitiva las armas y se consagró de manera total a las letras.

Publicó las *Revistas Literarias de México*, primer antecedente de sus planteamientos literarios nacionalistas, en 1868. Hacia finales de este año, organizó las *Veladas Literarias*, foro intelectual en el que expuso sus argumentos del por qué la literatura mexicana debiera tener un carácter verdaderamente nacional con el objetivo de favorecer la integración cultural del país, tan fragmentada por las luchas armadas y años de incertidumbre previos.

Con la aparición de *El Renacimiento*, su más grande hazaña intelectual, en 1869 Altamirano logró reunir a escritores de todas las tendencias políticas, con la idea de sumar esfuerzos para la reconstrucción de la sociedad mexicana, insistiendo en su planteamiento nacionalista. Aspiraba a que la producción literaria llegara a ser reflejo de la necesidad de consolidar la identidad mexicana como elemento esencial de integración cultural.

Para 1870, fue electo como Fiscal de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Así mismo asumió nombramientos de Vicepresidente de la Academia Nacional de Ciencia y Literatura y Vicepresidente del Conservatorio Dramático. Lo hicieron miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística, de la Sociedad de Historia Natural, de la Junta Directiva de la Sociedad Filarmónica, de la Sociedad Diplomática, de la Junta Lancasteriana, de la

Sociedad de Artesanos Balderas, López y Villanueva, y por último, de la Sociedad de Carpinteros Hidalgo.

Desde el punto de vista periodístico, fundó con Manuel Payno, en 1871, *El Federalista*. En este año, se incluyó, por entregas, la primera edición de sus *Rimas*, en el mismo periódico. Para 1875, participó en la fundación de *La Tribuna*. En 1884, publicó *Paisajes y Leyendas. Costumbres y tradiciones de México*. En 1886, escribió el prólogo a *Las Pasionarias* de Manuel M. Flores.

En 1889 fue designado Cónsul general de México en España, con residencia en Barcelona, por lo que abandonó el país. Un par de meses después, intercambió con Manuel Payno su cargo diplomático y se estableció en París, Francia.

Antes de su partida a Europa, los miembros del Liceo Mexicano, también fundado por Altamirano, organizaron una velada literaria en su honor el día 5 de agosto de aquel 1889, en el salón de sesiones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Asistieron Ángel del Campo, Guillermo Prieto, Luis G. Ortiz, Juan de Dios Peza y Manuel Gutiérrez Nájera, quien generosamente leyó: “Los naranjos están tristes y las amapolas secas; en el aire no retozan bulliciosas las abejas. En el monte no hay lumbradas de festiva nochebuena y mirando al horizonte pensativa está Clemencia, ¿por qué todo está tan triste?, ¿por qué nos deja?”. (*Antología*, 2007, pág. 28).

Tola de Habich en su obra *Homenaje a I.M. Altamirano (1834-1893)*, relata a detalle todo el material que se leyó en aquella reunión con motivo de la despedida “del maestro”.

Después de esa emotiva despedida e invadido por el agradecimiento, Altamirano respondió que en tierra extraña vería siempre por el progreso de la literatura nacional y que nunca olvidaría a sus amigos a quienes llevaría en el corazón.

En 1891, inició un viaje por Italia, donde residió hasta sus últimos días. Ignacio Manuel Altamirano falleció ahí como comisionado del Consulado Mexicano, el 13 de febrero de 1893. Su cuerpo fue incinerado y sus cenizas traídas a México en junio y depositadas en el Panteón Francés. En 1934, al conmemorarse el centenario de su nacimiento, el Congreso de la Unión acordó que sus restos fueran trasladados a la Rotonda de Hombres Ilustres. Se cumplió su profecía cuando señaló que “en 13 nací, en 13 me casé y en 13 me he de morir”. (Sierra, 1993).

2.2. Bibliografía

A continuación, compilo, de manera sucinta, la producción literaria de Ignacio Manuel Altamirano con el propósito de contar con un panorama más amplio respecto a lo que publicó, en qué año y en qué etapa de su vida. Parto de los 22 tomos de sus *Obras completas* editadas por la Secretaría de Educación Pública en el año de 1992 que recopilan textos históricos, crónicas, poesías, textos costumbristas, ensayos sobre educación, novelas, crítica literaria, crónica teatral, periodismo político, epistolario y algunos otros géneros de prosa personal, como los diarios.

Si bien es cierto, al decir de estudiosos, como José Luis Martínez, Nicole Girón, y Ralph Emerson Warner, posiblemente haya algún material suyo perdido, integro en orden cronológico y de manera general sus escritos.

En el primer tomo se reúnen sus piezas oratorias (discursos, brindis, bienvenidas, felicitaciones, despedidas, todo tipo de alocuciones) pronunciadas entre 1857 y 1891. Uno de sus discursos más famosos es *Democracia y Libertad*, pronunciado un 15 de septiembre de 1861, en el que expresa sus convicciones liberales y su compromiso con el país. Resulta

poco práctico enumerar algunos otros o todos los discursos del escritor. Sin embargo, no se puede perder de vista que fue un orador prolífico.

Otra de las facetas en que se reúnen variadas colaboraciones del escritor es en lo referente a su etapa como periodista político, actividad que no habría de dejar ni estando fuera de México. A lo largo de 30 años, practicó una amplia labor periodística, en la que demostró su dominio de los diversos géneros, como el artículo, la crónica y el editorial, escritos que fueron publicados en casi todos los periódicos de la época y que han sido recopilados en los volúmenes XVIII y XIX de las *Obras completas*.

También están los *Diarios*, que escribió, como es natural, dejando pasar, semanas, e incluso, meses, sin que redactara una línea. Estos textos son valiosísimos para comprender su personalidad, aunque no se hayan recopilado en su totalidad. Inició la redacción de sus *Carnets o Diarios* en 1863 y conservó la costumbre toda su vida, hasta 1892, un año antes de su muerte. Es decir, incluyen su vida en México y su estancia en Europa. Son líneas íntimas, escritas sin fines explícitos de publicación, pero visto su valor literario y cultural, tras su muerte, se inició la recopilación. Vistos ahora, a más de cien años de distancia, algunas de sus impresiones, notas de lectura o datos de la vida cotidiana, resultan importantes y complementarios.

El epistolario es otra forma de conocer a Altamirano para profundizar en su trascendencia literaria. Las primeras datan en 1850, cuando aún se encuentra en Toluca, con una carta al general Juan Álvarez; terminan en 1892, un año antes de su muerte, con una misiva que dirige a Gustavo Baz, primer secretario de la Legación de México en París. En estas cartas se pueden encontrar innumerables referencias y evidencias literarias de las ideas que el escritor intercambió con sus pares e interlocutores.

A partir de 1867, inició su etapa más productiva como intelectual; superada su participación directa en los episodios bélicos del país, se dedica de tiempo completo a las letras, decisión con la que consolida su madurez intelectual. Y funda en ese año *El Correo de México*, junto con Ignacio Ramírez.

Publicó la novela *Las tres flores* en el periódico arriba señalado, con el título *La Novia*.

Entre 1867 y el año siguiente, inició su etapa como cronista; escritos con los que nos comparte sus impresiones sobre sucesos cotidianos de la ciudad y los llama *Revista de la semana*, *Revista de la quincena*, *Las fiestas de septiembre*, *Recuerdos de la semana*, etc., publicados en periódicos como *El Siglo XIX*, *El Correo de México*, *El Monitor Republicano*. Sus crónicas están incluidas en los tomos VII, VIII y IX de las *Obras completas*.

Su faceta como crítico teatral, otra de las pasiones de Altamirano, inicia en 1868 y culmina en 1885. Inicialmente llama a su columna *Crónicas de teatros* y las publica en *El Siglo XIX* y *El teatro* que publica en *El Monitor Republicano*. Las crónicas teatrales las seguirá publicando en diversos periódicos, modificando el nombre a su columna. En las *Obras completas*, la crónica teatral abarca dos tomos, X y XI.

De la vasta producción altamiranista, el tema que nos interesa para el presente trabajo, es el de literatura, particularmente, su programa nacionalista. La redacción de estos temas, inició también en 1867, cuando ya estaba superada la fase bélica que había envuelto al país y de la que Altamirano fue directamente partícipe. Para entonces, en México imperaba un ambiente de victoria, tras la derrota de Maximiliano de Habsburgo y también un amplio sentido nacionalista, no experimentado en décadas anteriores. En las siguientes publicaciones esboza su criterio literario:

1. *Revistas literarias de México*, escritas a finales de 1867 y publicadas en el periódico español *La Iberia* un año después, con las que inicia una etapa

fundamental en la historia de la literatura mexicana y texto del que partimos para el presente estudio.

2. *La quinta velada literaria*, redactada en 1868.
3. *De la poesía épica y de la poesía lírica* publicada en 1870, texto en el que analiza si hubo evolución o no en las letras nacionales;
4. *Carta a una poetisa*, escrita en 1871.
5. *La literatura en 1870. La novela mexicana*, publicada en el mismo año.
6. *Revista literaria y bibliográfica*, publicada en 1883.
7. *Revista literaria*, publicada el mismo año.

Como se ve, sus escritos literarios abarcan de 1867 a 1883. Durante estos 16 años, Altamirano se ocupó de sustentar sus conceptos nacionalistas, así como, su interpretación literaria a través de una revisión crítica.

Además, escribió los prólogos a varias novelas de la época, en los que también argumentó la defensa a su programa literario.

Pero no sólo abordó temas literarios de carácter nacional, también escribió sobre literatura europea. Por ejemplo, un estudio sobre *Charles Dickens*, su carácter y su obra, (1869); otro sobre *Alejandro Manzoni*, (1883) y otro más sobre *Guillermo Tell*, (1888). También escribió artículos sobre arte.

En 1869 concreta su proyecto nacionalista para las letras con la publicación de *El Renacimiento*, revista sobre la que abundaré páginas adelante. Altamirano era el director y publicó en este periódico literario su *Crónica de la Semana*, a lo largo de sus 36 números, del 2 de enero al 18 de diciembre; espacio en el que comparte sus impresiones sobre la vida en la ciudad, habla sobre educación, sobre teatro, reuniones sociales, la familia, el ocio, etcétera.

También en *El Renacimiento*, publicó por entregas *Clemencia*, novela que lo consolidó como figura literaria del siglo XIX. En esta misma revista, publicó *Apuntes biográficos de Don Manuel López Costilla*.

El poder transformador de la educación fue otro de sus tópicos dominantes. La redacción de sus textos educativos, también inició en *El Renacimiento* y se ocupó de ellos hasta sus últimos años de vida. Entre sus propuestas estaban modernizar la enseñanza, entender la educación como arma de progreso, la importancia del maestro, luchar por la libertad, la laicidad y la gratitud educativa, además de rescatar al indígena. Esta información está contenida en los tomos XV y XVI de las *Obras completas*.

Otro aspecto que contempla su producción intelectual, es el jurídico. Si escribió sobre diversos temas, no podía dejar de lado el tema legal dado que él era abogado. Muchos de estos escritos (1868-1878), fueron publicados por vez primera en el *Semanario Judicial de la Federación* y están incluidos en el tomo XVII de *Obras completas*.

Retomando el género de la novela, publica *Julia* en *El Siglo XIX*, (1870), con el título *Una noche de julio*, narración en la que Altamirano vuelve a perfilar a la protagonista con rasgos autobiográficos, como ya lo había hecho en *Clemencia*.

También en 1870, publicó 38 crónicas en *El Siglo XIX*, alusivas a obras de teatro, a la cuaresma, a Chapultepec, a hechos históricos, etc. A lo largo de los años subsiguientes y en diversas publicaciones, continuó publicando algunas crónicas y a algunas de ellas las denominó *Cartas sentimentales*, *Emociones de viaje* o *El ferrocarril de Morelos*.

En *Rimas*, publicación hecha por vez primera en *El Federalista*, en 1871, reúne gran parte su poesía que básicamente escribió entre la etapa de su juventud y su primera madurez. Luego, aunque no cesó por completo, se volvió esporádica. El decenio que va de 1854 a 1864 fue en el que más escribió poesía y el año más fructífero fue 1858. Sus poemas fueron de

corte descriptivo, también los hubo, sentimentales, eróticos y cívicos; entre los más conocidos están: “Al Atoyac”, “Los naranjos”, “Las abejas”, “Las amapolas”, “Recuerdos”, “Al salir de Acapulco”, etcétera.

Otra novela relevante del escritor fue *La navidad en las montañas*, -llamada así a partir de la 5ª edición en París, en 1891-, inicialmente fue publicada como *Álbum de Navidad* (1871). Escrita por encargo de Francisco Sosa, en esta obra Altamirano combina el tema de las armas y la religión con una delicada trama sentimental que tiene como marco las montañas del sur. En ella plasma la idea de conciliación entre liberales y conservadores, símbolo de unidad nacional, uno de los mayores anhelos del escritor.

En 1872, publicó *Antonia y Beatriz* (incompleta), ambas bajo el encabezamiento de *Idilios y elegías (Memorias de un imbécil)*, en el periódico *El Domingo*. En *Beatriz*, Altamirano pretendía novelar las experiencias amorosas de un adolescente; sin embargo, la obra fue abandonada y relegada al olvido. Se ha reeditado escasamente.

Sobre José María Morelos y Pavón, hacia 1880, publicó en *La República*, *Morelos en Zacatula*, un cuadro de la insurrección de 1810; en 1883, en el mismo periódico publicó *Morelos en el Veladero* y en 1886, en el *Liceo Mexicano*, *Morelos en Tixtla*.

En su faceta como historiador escribió la *Revista histórica y política*, hacia la recta final del año 1882; esta obra fue incluida en el *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la república mexicana*, editado en Nueva York por Manuel Caballero. Esta obra se halla en el tomo II de las *Obras completas*.

En *Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México*, (1884), Altamirano reunió los artículos que versarán sobre la vida mexicana; entre los más conocidos están: “El Señor del Sacromonte”, “La Semana Santa en mi pueblo”, “La vida de México”, “La Nochebuena”, “Tetzco y Tetzcotzinco”, “El Carnaval en México”, “El día de muertos”, etcétera. Dictó

también en este año la conferencia *Biografía de D. Miguel Hidalgo y Costilla*, en el Liceo Hidalgo.

Entre 1886 y 1888, escribió otra de sus grandes novelas, *El Zarco (Episodios de la vida mexicana en 1861-63)*. De acuerdo con José Luis Martínez en su obra *La Expresión Nacional*, los primeros trece capítulos fueron leídos por Altamirano en las sesiones del Liceo Hidalgo en 1886; la vendió en 200 pesos al editor español, Santiago Ballezá y no llegó a verla impresa, ya que la primera edición apareció en Barcelona hasta 1901, con prólogo de Francisco Sosa. Se trata de una novela histórica.

Otra de sus novelas póstumas pero inconclusa, es *Atenea*, escrita hacia 1889, antes de salir a Europa y publicada por primera vez en 1935, con motivo del primer centenario del natalicio de su autor. También en 1889, redacta la *Biografía de Ignacio Ramírez*, su maestro.

Como puede observarse, la producción intelectual de Altamirano fue prolífica y escribió sobre variados temas que van de lo cotidiano a las reflexiones intelectuales más demandantes de la época.

En el terreno literario, muchos fueron los artículos en que dejó plasmadas sus opiniones, reflexiones y conclusiones, ya fuera a partir de la crítica a obras de sus contemporáneos o de textos teóricos, el punto de llegada era similar: hacer hincapié en que lo literario no podía estar aislado de un contexto real, de la nación y de sus intereses.

Del Altamirano poeta, podemos concluir que no llegó a alcanzar la altura que sí logró como narrador. La mayor parte de su producción poética es anterior a 1867 y fue reunida en volumen con el título de *Rimas*. La poesía del escritor está dentro de ese estilo romántico tardío que fue la corriente predominante hacia la mitad del siglo XIX.

Es importante no perder de vista que en nuestro país, la novela, hasta antes de 1867, era un género en ciernes al que Altamirano valoraba como una herramienta imprescindible para

consolidar la de literatura nacional. Si bien es cierto que a partir de Fernández de Lizardi aumentó el número de escritores que la cultivan, no es sino hasta este año, que el género toma relevancia, gracias a que se generan mejores condiciones para escribir. Por tanto, la novela fue cobrando fuerza y Altamirano, es uno de sus mejores exponentes.

Agustín Cortés en el prólogo a una antología parcial a las obras de Altamirano, se refiere a él como “teórico, además de creador, buscó la expresión de lo nacional, sosteniendo que el país necesitaba una literatura que lo expresara, que le sirviera de voz y de conciencia”. (*Altamirano*, pág. XI).

Tal vez a excepción de la poesía, todos los géneros cultivados por Altamirano tienen que ver con esta concepción de la literatura como fuente de enseñanza y aprendizaje. Edith Negrín resume en tres etapas la producción literaria del escritor.

1. “Altamirano se expresó mediante la poesía en su juventud y los principios de su madurez, de los veinte a los treinta y seis aproximadamente, un ciclo de dieciséis o diecisiete años de duración”. (*Ignacio*, pág. 41).
2. La que “corresponde a la generación de discursos políticos y culturales, abarca veintitrés años, de los veinticinco a los cuarenta y siete”. (*Ignacio* pág. 41).
3. La producción de la obra crítica de literatura y teatro, así como la crónica, se ubica entre los treinta y cuatro y los cincuenta y cinco años de la vida del autor, alrededor de dos décadas. Más o menos las mismas dos décadas, de 1867 a 1889, comprende la escritura de sus novelas. (*Ignacio* pág. 41).

Esta tercera etapa es la nodal para el tema que aquí desarrollo, pues dicho periodo coincide con el del nacionalismo en las letras del siglo XIX.

La figura de Ignacio Manuel Altamirano, hacia 1868, ocupará el centro de la actividad literaria por el hecho de proponer un programa literario que buscaba ensalzar lo mexicano a través de las letras nacionales.

2. Desarrollo de publicaciones en el siglo XIX

El siglo XIX mexicano no podría comprenderse o estudiarse sin considerar la variedad de publicaciones que tuvieron vida a lo largo de la centuria gracias a la creciente industria editorial, particularmente después de la década de los 30. En este sentido, Belem Clark de Lara, una de las más destacadas especialistas en la materia, propone considerar el inicio literario del siglo XIX con la declaración de la libertad de imprenta en 1812; hecho que fue el punto de partida para que la industria editorial fuera en aumento creciente y franca consolidación.

Variados factores pueden ayudar a explicar la expansión de la prensa periódica, tanto política como literaria; principalmente podemos considerar: la ebullición de ideas, los debates políticos a raíz del movimiento de Independencia y la discusión en torno a la necesidad de construir una nación.

Muchas de estas publicaciones están catalogadas hoy como documentos históricos, que permitieron el debate de ideas y la defensa de argumentos, por lo que ahora son una fuente valiosa para conocer el pensamiento decimonónico. Gracias al papel que jugaron el periódico, las revistas literarias y las novelas, en su primer etapa, por entregas parciales, es que hoy tenemos elementos para poder hablar de este afán por definir a México como nación.

Así resume este proceso Carlos Illades:

Durante la guerra de Independencia la prensa política tuvo presencia destacada, así como la edición de panfletos. En las décadas siguientes se extendió la prensa nacional y, en los distintos estados de la república, circularon periódicos locales. Los núcleos intelectuales y científicos, de reciente formación, contaron con publicaciones propias, abriendo paso a la edición de revistas y boletines incipientemente especializados, mientras en el terreno literario cobró vida la literatura de folletín. El cuento y la novela corta cedieron algún espacio a textos de mayor volumen, a menudo publicados por entregas en los periódicos. (*Nación*, pág. 53).

El periodismo y la oratoria política marcaron el principio de la vida independiente de nuestro país, por lo que ambas actividades determinaron la consolidación de la literatura mexicana y sirvieron como vehículo para expresar las nuevas ideas que formaban la cultura política y social.

El crecimiento de la industria editorial se vio materializado por la diversidad de publicaciones, además de que contribuyó al incremento del número de lectores, comunidad pequeña pero que fue creciendo, de acuerdo con las estadísticas registradas por Carlos Illades en *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*. Además dispuso para el público, periódicos con temas muy variados, revistas literarias, científicas y de entretenimiento, libros, traducciones, calendarios, etc.

Ignacio Manuel Altamirano, en sus *Revistas Literarias de México*, afirmó que la imprenta era la verdadera madre del periodismo y también de la novela. Llegó a la conclusión de que sin esta “maravillosa invención” no podría haber existido ningún tipo de publicación, “ni podría tampoco difundirse como se difunde la lectura de esos cuentos ingeniosos que hacen las delicias de todas las clases de la sociedad y que son como el maná de la imaginación”. (*La literatura*, tomo I, pág. 19).

En este contexto agregó que los otros géneros literarios pudieron vivir fácilmente sin la necesidad de la imprenta, gracias a que la historia se seguía narrando en público, de viva voz, como lo hicieron Herodoto de Halicarnasa, Homero, Píndaro o Esopo.

Por lo que las publicaciones y la novela requirieron de la imprenta para su desarrollo y popularización.

El crecimiento editorial contribuyó de manera significativa al surgimiento de ateneos y asociaciones literarias como vehículos para dar a conocer a los escritores; por lo que, de

acuerdo a Rafael Olea “con la producción de textos se favoreció el comentario de los mismos, y se ayudó a la sociabilización”. (*Literatura*, pág. 579).

El lapso más significativo en el desarrollo y crecimiento de periódicos y revistas va de 1840 a 1855, cuando la industria editorial se incrementa y diversifica. Por lo que tuvo gran relevancia en la configuración del ambiente cultural que prevaleció en la época y que contribuyó en el rumbo de la naciente nación. De lo anterior se desprende que no se pueda desvincular el ámbito cultural y la diversificación de publicaciones, pues ambos fenómenos se complementan.

El periódico aumentó la capacidad de comunicación entre los habitantes de la ciudad y desempeñó un papel trascendental para la difusión del conocimiento y la conformación de opinión.

En este sentido y de acuerdo con Nicole Girón, en su participación en la obra *La República de las Letras*:

La acelerada difusión de las ideas y de los conocimientos por el conducto de la prensa periódica que caracterizó la vida cultural del siglo XIX, generó como un complemento natural la conformación de una reserva compartida de referencias y de juicios de valor que contribuyó a normar la sensibilidad de los lectores y a construir o reforzar los valores colectivos que la sociedad reconocía como suyos. (pág. 366).

La consolidación de la labor periodística fue orientando y formando lo que hoy conocemos como “opinión pública”.

Entre las publicaciones periódicas del siglo XIX, las revistas literarias ocuparon un lugar relevante porque documentaron el proceso literario y la actividad intelectual del país, dando a conocer cómo evolucionó el pensamiento de la época.

Las asociaciones literarias y sus órganos de difusión son otra evidencia del interés de los intelectuales por fomentar el desarrollo de las letras y del país.

2.1 Algunas publicaciones

En este apartado señalo algunas de las publicaciones que tuvieron mayor relevancia y que son antecedente inmediato de la etapa siguiente denominada, en términos generales, como el periodo del nacionalismo, que va de 1867 a 1889 y cuya figura central es Ignacio Manuel Altamirano.

A continuación, enumeró algunos de los periódicos más relevantes, de acuerdo a su año de aparición:

1. *El Diario de México*, primer periódico de la Nueva España, reunió a los primeros escritores del siglo XIX; recogió toda la poesía neoclásica y fue el primer diario invadido por temas literarios y de la vida diaria.
2. *El Despertador Americano*, el primer periódico insurgente, de título simbólico, buscaba expandir la inquietud insurgente; publicado en 1811.
3. *El Siglo XIX*, periódico editado por Ignacio Cumplido, fundado en 1841, de tendencia liberal, fue uno de los más prestigiosos. Con algunas interrupciones, se publicó durante 54 años; dejó de aparecer en 1896. Es una de las referencias obligadas, pues en sus páginas contiene la evolución del siglo.
4. *El Monitor Republicano*, fundado por Vicente García Torres, de carácter liberal. Fue un diario de política, arte y literatura. Publicó su primer número en 1844 y el último en 1896. Una de las publicaciones más longevas y de mayor representatividad.
5. *La Orquesta*, periódico que apareció en 1861. Incluyó con caricatura a los personajes más importantes de la política mexicana.

6. *El Correo de México*, fundado por Altamirano en 1867, junto a Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto; pugnaron por el respeto a la constitución de 1857 y se opusieron al reformismo de Juárez.
7. *El Federalista*, 1871-187, periódico político y literario de gran renombre y prestigio.

Todas las posturas ideológicas se debatieron en los periódicos; lo que facilitó la comunicación y el dialogo entre escritores y lectores. Frente a este panorama, Huberto Batis, en *Índices de El Renacimiento* señala que:

Es impresionante el cúmulo de periódicos que floreció a ojos vistas, al punto que escaseó el papel de fabricación nacional y se encareció. Hubo de usarse el importado, a pesar del subido impuesto con que lo gravó el gobierno en su campaña de represión a la prensa. (Pág. VIII).

Por otro lado, algunas de las revistas literarias que pusieron de relieve el tema nacional, -de ahí la prevalencia en sus títulos de lo mexicano-, en orden cronológico, son las siguientes:

1. *El Iris*, de 1826, primera revista literaria de México y primera ser ilustrada con litografías; sirvió de estímulo a los impresores. Fundada por José María Heredia, Claudio Linati y Florencio Galli. Pilar de la prensa literaria del siglo XIX.
2. *El Mosaico Mexicano*, de 1836-1837 y de 1840-1842, publicación quincenal en su primera etapa y semanal en la segunda; de carácter enciclopédico. Fue una de las primeras publicaciones de Ignacio Cumplido.
3. *El Año Nuevo*, 1837 y 1849. Dedicó exclusivamente sus páginas a la literatura; primera evidencia de las expresiones nacionales. En su primera etapa, fue el órgano de difusión de la Academia de Letrán.
4. *El Recreo de las Familias*, de 1837-1838, publicación quincenal, de tipo nacionalista. Fundada por Ignacio Rodríguez Galván.

5. *El Museo Mexicano*, de 1843-1846, semanario editado por Ignacio Cumplido. Logró reunir a las más destacadas plumas de la época, por ejemplo, la de Altamirano, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Manuel Payno, etcétera, con el objetivo fundamental de brindar difusión educativa y cultural a todos los estratos sociales.
6. *El Liceo Mexicano*, de 1844, dirigido por José Mariano Lara, se propuso elevar la educación del lector común. Se privilegiaron los estudios históricos y literarios.
7. *El Ateneo Mexicano*, de 1844-1845, fue el órgano de difusión de la asociación literaria del mismo nombre, fundada en 1840, por Ángel Calderón de la Barca.
8. *Revista Científica y Literaria de México*, de 1845-1846, publicada por los antiguos redactores de *El Museo Mexicano*.
9. *El Álbum Mexicano*, de 1849, periódico de literatura, artes y bellas artes, de periodicidad semanal, fue impreso por Ignacio Cumplido. Considerada por José Luis Martínez, como una de las “revistas más amenas y hermosas del siglo XIX”. (*La expresión*, pág. 201).
10. *La Ilustración Mexicana*, de 1851-1855, bajo la dirección de Francisco Zarco, de carácter semanal, fue una publicación destinada a difundir la literatura como un saber importante para el progreso social.
11. *El Renacimiento*, fue el periódico literario más representativo de la época, fundado también por Altamirano y Gonzalo A. Esteva en 1869. Sirvió para canalizar las inquietudes literarias de la época.

Enlistadas estas publicaciones es importante reflexionar sobre el término *revista* y el origen de la palabra. Su acepción más común hace referencia a una publicación periódica con textos e imágenes sobre varias materias o una especialmente. Sin embargo, las raíces latinas de la

palabra se conforman de “re” y “vistus” que hacen referencia a *volver a ver o volver a ser visto*. Es decir, también se refiere a la revisión de un estado o cosa. Las revistas arriba enumeradas son una expresión y revisión del estado de la literatura mexicana.

Como podemos apreciar, la proliferación de las publicaciones obedeció, en gran medida, a que cualquier persona o grupo literario o político, con capacidad económica e intención de divulgar sus ideas, podía hacerlo. En muchos casos, se presentarían dificultades económicas y ya no sería posible sostenerlas. Para ejemplo, *El Renacimiento*.

Esta “facilidad” para poder publicar dio como resultado que muchos de los sectores sociales tuvieran participación activa en la discusión de ideas y hubiese un debate constante. Por lo que, a lo largo de todo el siglo, podemos encontrar varias publicaciones afines al gobierno, al clero, de corte conservador o liberal, literarias, etc.

El ejercicio periodístico y literario como actividad dio acceso a todo tipo de escritos y el desarrollo de las habilidades inherentes a la escritura y la que permitió el desarrollo de los hombres de letras de la época. Durante estos años se fueron formulando las nuevas nociones de lo mexicano y de la nación mexicana.

2.2 Novelas por entregas

La novela por entregas fue el modelo principal de difusión literaria durante el siglo XIX. En el México de la Reforma y de la República Restaurada, alcanzó su mayor desarrollo. Normalmente aparecían poemas, cuentos, estudios históricos y científicos, y en la parte baja del periódico, o “folletón”, se publicaban capítulos de novelas, tanto de autores nacionales como extranjeros. Después de la Restauración de la República, el género de la novela inició su expansión y consolidación en el país.

De acuerdo con José Luis Martínez, los escritores para publicar sus obras si no lograban encontrar un protector generoso, el siglo XIX descubrió “la benemérita institución del folletón, en la parte inferior de las páginas de los periódicos, que sin muchos escrúpulos dará vida a centenares de libros”. (*El trato*, pág. 97).

A partir de 1836 comenzó el proceso de configuración de las letras nacionales; etapa decisiva para el nacimiento de una nueva literatura que expresó las ambiciones y sentimientos de quienes comenzaron a entenderla y perfilarla. Durante este periodo, la literatura comenzó a introducirse en los ámbitos privados y públicos; pues los niños y las mujeres fueron considerados lectores potenciales cuyos intereses impulsaron proyectos editoriales.

En *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, Rafael Olea señala que:

Los textos literarios a los que se acercaron los lectores, ya sean a través de las novelas por entregas o bien por medios de libros unitarios, dejaron huella en el estilo, en la temática y en los personajes desarrollados por los escritores mexicanos, quienes día a día lograron entender a su país, en el cual encontraron motivos de inspiración para ofrecer nuevas producciones más trabajadas y más cercanas a la realidad mexicana, es decir, más reveladoras de las preocupaciones y de los afanes de una sociedad que se iba descubriendo a sí misma. (Olea Franco, 2001, pág. 593).

Manuel Payno, con la publicación de *El pistol del diablo*, hecha por entregas durante los años de 1845-1846, inauguró la práctica folletinesca. Después otras novelas centraron su narración en la descripción de costumbres.

Todavía hacia mediados del siglo XIX y dos décadas posteriores, el libro, como tal, no tenía mucha demanda; la minoría que leía, sólo lo hacía fundamentalmente a través del periódico; esto explica por qué los mayores éxitos literarios se publicaron en este medio y por entregas.

La novela mexicana de los años posteriores al triunfo definitivo de la causa liberal, alcanzó un éxito sin precedentes gracias al uso de los personajes para dejar suspensa la curiosidad de los lectores. Esta fue una de las características distintivas.

En *El Renacimiento*, en 1869, “se publicaron cuentos y novelas por entregas, como hacían los otros periódicos de la época para conseguir suscriptores, dando preferencia a los autores nacionales”. (Negrín, pág. 40).

El periódico fue la forma más económica y eficaz para promover la literatura; la expansión de la vida cultural y literaria fue posible, en gran medida, gracias a la variedad de publicaciones que sirvieron como parámetro para medir la evolución literaria.

2.3 Literatura e historia, binomio indisoluble

El siglo XIX se distinguió por la discusión de ideas políticas y por el fortalecimiento de su literatura. Por tanto, historia y literatura difirieron en su forma y estructura, pero coincidieron en la necesidad de relatar sucesos. Ambas disciplinas se ocuparon de reelaborar la realidad mediante el ejercicio de los dos discursos. Hacia el periodo de 1836-1867, la relación entre historia y literatura fue muy fuerte.

Para Belem Clark, durante todo el siglo XIX “la historia y las letras formaron parte de un mismo sistema: la escritura”. (*Letras*, pág.59)

Al estudiarse esta centuria no puede soslayarse que parte importante de sus protagonistas políticos fueron escritores: Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco, Manuel Payno, Vicente Riva Palacio, por mencionar solo algunos.

Para Blanca Estela Treviño, estudiosa del siglo XIX, en una entrevista otorgada a Gabriel Díaz en septiembre del 2014, para el programa El Nuevo México del canal ADN 40, en la que analiza las cualidades históricas del periodo decimonónico mexicano, llega a la

conclusión de que en esta centuria hay dos aspectos que son indisolubles: historia y literatura, porque “no se puede entender el XIX mexicano en su expresión artística si no conocemos la historia del XIX mexicano”.

En efecto, tanto liberales como conservadores, en aquellas batallas que van desde la dictadura de Antonio López de Santa Ana hasta la Restauración de la República, contribuyeron a consolidar paulatinamente la idea de identidad nacional. Pero son dos los sucesos en el siglo decimonónico que serán claves para el desarrollo del nacionalismo mexicano: la Guerra de Reforma y la Intervención francesa.

Como lo señalara Alfonso Reyes en *Resumen de la literatura mexicana*, “los sacudimientos políticos perturban necesariamente la marcha de la literatura” (pág. 416). Esto fue justamente lo que sucedió en México con los movimientos armados previos a la Restauración de la República; hubo una irrupción. Y será hasta 1868, cuando se vuelva a hablar de un “movimiento literario”, después de 30 años de haber surgido la Academia de Letrán en su búsqueda por la definición de las letras mexicanas.

La variedad de publicaciones es el mejor ejemplo de que tanto las posturas ideológicas como los esfuerzos literarios marcaron la historia y el rumbo del siglo XIX. Sin embargo, estos dos parámetros se distinguen el uno del otro por una línea muy tenue.

En este sentido Jorge Rueda de la Serna opina que:

El peso que el nacionalismo tuvo para los románticos, la inestabilidad constante en que la sociedad mexicana había vivido hasta entonces, y el lazo entre actividad política y quehacer literario de la mayoría de nuestros escritores en el Siglo XIX, son también circunstancias que explican la relación historia-literatura. (*Historiografía*, pág.73).

Los escritores de esta época, a pesar de todo, escribieron y defendieron sus ideas en las páginas de periódicos y las revistas en los que literatura y política son los principales temas.

Claramente será la literatura política la manifestación inmediata y directa del compromiso que hicieron suyo los hombres del siglo XIX.

En la obra *El historiador frente a la historia. Historia y literatura*, Nicole Girón, concluye que “la prensa periódica dominó la vida decimonónica”. (pág. 89). Literatura y política estuvieron estrechamente relacionadas; pues la primera fue la herramienta que prestó todos sus recursos a la segunda.

Así mismo, es evidente un proceso emancipación intelectual y de originalidad expresiva que alcanzó manifestaciones de madurez con el nacionalismo, etapa en la que se encuentran evolucionados y consolidados elementos del entorno cultural. Por lo que hacía 1868 se puede hablar de independencia intelectual y el inicio de la autonomía en la expresión literaria.

En este contexto y para el tema que nos ocupa en el presente trabajo y de acuerdo con Blanca Estela Treviño, en la entrevista otorgada a Gabriel Díaz, es Altamirano la figura literaria que “hereda toda esta historia, todo este pensamiento o propósito de crear una literatura nacional y lo sistematiza”.

En este mismo sentido, José Luis Martínez opina que Altamirano, estaba “convencido de que México sólo podía fortalecerse por el retorno a la propia esencia que le da vida” (*La expresión*, pág. 167).

Para Pedro Henríquez Ureña a mediados del siglo XIX, “los hombres de letras, por regla general, también fueron hombres de acción”. (*Las corrientes*, pág. 120). De lo que se desprende que la participación política de Altamirano en la defensa del país fue una de las condiciones, tal vez de las más significativas, que lo llevó a buscar el resurgimiento de las letras mexicanas con un sentido y objetivo nacionalista. Creía que el diseño y creación de una cultura verdaderamente nacional era lo mejor para el México independiente.

Dicho lo anterior, la literatura fue uno de los elementos que más sirvió a los historiadores para conocer la condición política y social del pueblo mexicano y también para que surgiera la historiografía con carácter analítico para dejar de ser una simple narración cronológica de acontecimientos.

3. Antecedentes nacionalistas

En el primer tercio del siglo XIX, México intentó dar sus primeros pasos como nación política independiente. De acuerdo con Belem Clark en *Letras mexicanas del Siglo XIX. Modelo de comprensión histórica*, 1812 es el año con el que inició, literariamente hablando, el siglo XIX con la promulgación de la Ley de Libertad de Imprenta que implicaba la supresión de todo tipo de censura hacia la libre expresión que por casi tres siglos había permanecido bajo las disposiciones de la iglesia y la monarquía; a partir de este año, a través de publicaciones, se empezaron a difundir las ideas libertarias, es decir, la libre expresión de opiniones políticas y literarias.

Tal fue el caso del *Diario de México*, el primer periódico en el país, que como ya consignamos, no sólo era una fuente de noticias, sino que ofreció espacios para la creación y crítica literarias. A partir de este momento histórico y de acuerdo con Castro-Ponce:

Los variados tipos de publicaciones periódicas manifestaron los diferentes frentes políticos e ideológicos de las distintas facciones en pugna; pero también, se puede identificar un claro deseo por promover las letras, la cultura y la ciencia, elementos indispensables para la consolidación del país como nación independiente y moderna. (párr. 6).

Para efectos metodológicos, Belem Clark de Lara propone una división por periodos para analizar la historia de la literatura decimonónica mexicana. Parte de que su eje central son las obras, aunque aclara que no siempre son suficientes para el análisis integral de un periodo.

La delimitación cronológica que sugiere es:

1. Neoclasicismo (1812-1835),
2. Romanticismo (1836-1866),
3. Nacionalismo (1867-1875), y,
4. Modernidad (1876-1911).

La primera etapa neoclásica inicia con la declaración de libertad de imprenta en la Nueva España, aprovechada después para difundir las ideas libertarias del movimiento independentista, desde un volante hasta con artículos periodísticos. También influyó la desaparición del Tribunal del Santo Oficio, una de las instituciones más temidas, que impedía sistemáticamente la divulgación de ideas distintas a los intereses de la corona.

A lo largo de la vida del movimiento social independentista surgieron diversas publicaciones periódicas como *El Despertador Americano* de Francisco Severo Maldonado; *El Ilustrador Americano* de José María Cos; *El Pensador Mexicano* por José Joaquín Fernández de Lizardi; *El Juguetillo* de Carlos María Bustamante; todos publicados entre 1810 y 1813. Estos se consideran los antecedentes de las muchas y variadas publicaciones que surgieron a lo largo del siglo XIX.

En 1821, con la declaración de México como nación independiente, comenzaron a crearse las primeras condiciones para vivir al margen del régimen colonial español. Sin embargo, este proceso no se dio de forma inmediata ni directa mucho menos automática.

En el terreno literario, tuvieron que pasar 15 años más, para que en 1836 surgieran los primeros intentos por plasmar y discutir las premisas que definirían los primeros elementos de las letras mexicanas como resultado de la independencia política del país, es decir, hasta entonces surgieron los iniciales intentos literarios por definir el rumbo de las letras en el país.

Es en este contexto que surgió la Academia de Letrán, asociación literaria que a través de las letras pretendió definir la identidad mexicana y que constituye un antecedente a los planteamientos posteriores de Ignacio Manuel Altamirano.

De acuerdo con Justo Sierra “a pesar de las terribles discordias políticas, la literatura y el arte dejaban oír su voz divina; había un anhelo indecible de ir hacia el porvenir, de conquistarlo, de seducirlo”. (*Prolegómenos*, pág. 15).

3.1 Primer romanticismo mexicano

Siguiendo la propuesta de Belem Clark, el romanticismo en México no se limitó a una forma de expresión literaria; fue un fenómeno que se extendió a todas las actividades de la vida. En palabras Julio Jiménez Rueda: “es una forma de interpretación que el hombre y la mujer del segundo tercio del siglo XIX le dan al fenómeno vital”. (*Letras Mexicanas*, pág. 91).

El romanticismo inicio con la aparición de la Academia de Letrán en 1836, cuando se consolida el primer nacionalismo, la primera búsqueda de definición para las letras mexicanas y culmina en 1866, un año antes de la República Restaurada.

Esta etapa la inicia la primera generación “propiamente mexicana” y sobresalieron los intelectuales que defendieron las dos posturas dominantes del siglo: liberalismo y conservadurismo. Es Andrés Quintana Roo quien agrupa, en torno suyo, a la generación inicial del romanticismo mexicano que ha de propugnar por la creación de las primeras letras propiamente mexicanas.

Éste habrá de caracterizarse por la melancolía, la soledad, las voces populares y las costumbres, pero también, por el sentido nacionalista. El primer antecedente de esta corriente es José Joaquín Fernández de Lizardi, el *Pensador Mexicano*, con su *El periquillo sarniento*, publicada en 1816; obra que busca expresar una denuncia contra la tradición europea y los privilegios.

En este sentido Carlos Illades, en su conferencia “Lo nacional-popular en el romanticismo mexicano”, señala que el nacionalismo mexicano con la guerra de independencia inicio su gestación de la conciencia nacional en los planos cultural y literario:

El ascenso de una nueva clase, la fractura de un orden social (...) y la separación de la metrópoli europea, fueron el sustrato histórico en el cual elementos diversos, tomados de la historia y la lengua, se engarzaron en un discurso referido a la identidad (nacional) y a la patria (mexicana). (párr. 5).

Y concluye diciendo que el romanticismo ayudó a definir la naciente conciencia nacional:

El romanticismo, género que exalta la libertad de sentimiento de expresión, de imaginación, fue el vehículo que impulsó los trabajos de los intelectuales de la época, particularmente el de los de la Academia de Letrán. En este sentido, la poesía, la forma literaria que más se cultivó en el siglo XIX, apegada a los preceptos romancistas, cantó a la patria, a la tierra, a la naturaleza y a la libertad. (párr. 16).

En este contexto, es importante la síntesis que hace Luis Mario Schneider en *Ruptura y Continuidad*, al referirse a los méritos literarios de la época:

Tener conciencia del escaso desarrollo literario durante la colonia y del poco valor de la literatura española en los últimos siglos respecto a otras europeas obliga al romántico a plantearse la necesidad de una literatura propia, a discutir al mismo tiempo los factores que indicarían su originalidad así como los impedimentos que surgieran y pudieran darse en el desarrollo. (pág. 78).

En este párrafo, el escritor argentino sintetiza el sustento ideológico de los primeros romancistas, es decir, de los creadores de la Academia de Letrán; asociación en la que se discutió, desde muy distintas perspectivas, la necesidad de formar una literatura propia.

Si esta conclusión de Schneider es aplicable para la primera generación romántica, también lo es para la etapa propiamente nacionalista de nuestra literatura que defiende Altamirano a través de las *Revistas Literarias de México*. Es importante no perder de vista esta apreciación porque el nacionalismo altamiranista habrá de ser una reinterpretación de la función y origen de las letras mexicanas, que tiene su antecedente principal en los postulados romancistas de la generación previa.

El romanticismo mexicano encuentra un campo propicio en el afán libertario de aquellos hombres y en su búsqueda de soluciones políticas y de mejoramiento social. Por ello, de acuerdo con José Luis Martínez, éste “al igual que el de casi todo el mundo occidental, se manifestará principalmente en tres formas: la literatura nativista o de exaltación de la propia tierra y de lo nacional, la política y la sentimental”. (*El trato*, pág. 97).

Más tarde, la novela histórica y en la novela de costumbres serán el resultado de esta visión romántica.

Altamirano encontró parte de su inspiración en el ejercicio literario de Andrés Bello, en su búsqueda de la identidad cultural no solo para su país, sino de Hispanoamérica. En la producción literaria del venezolano, de acuerdo con Víctor Barrera, Altamirano “encontró la más auténtica prueba de la capacidad americana para deslindar claramente sus preocupaciones básicas y proyectarlas como una forma nueva de entender el mundo”. (*Lectores*, pág. 365).

Además, también reconoció a José Joaquín Olmedo y José María Heredia como precursores de una independencia cultural que deseaba replicar en México.

Como ha quedado establecido líneas arriba, la visión nacionalista de las letras y el romanticismo dominaron gran parte del XIX, éste fue el siglo de los nacionalismos, fomentados en gran medida por dicha corriente estética y la búsqueda de los orígenes literarios.

3.2 Academia de Letrán

La Academia de Letrán fue la piedra fundacional de la cultura escrita mexicana. Edith Negrín en Ignacio *Manuel Altamirano. Para leer la patria diamantina*, señala que mediante una actividad incesante por parte de los integrantes de esta asociación en “modestas publicaciones periódicas a través de las cuales se aspira a una literatura que exprese el paisaje y las costumbres nacionales”. (pág.36). Así sintetiza la trascendencia histórica y literaria de esta agrupación.

Los primeros pasos en la discusión por una orientación propiamente mexicana en las letras iniciaron con la apertura de esta academia, en 1836, creada con dos objetivos centrales:

fundar las bases de la literatura nacional y ejercer el principio de democracia al interior del grupo y en el medio cultural.

Cabe señalar que en el año de su fundación y en los años cercanos a la creación de la academia, todavía predominaba “lo español”, “lo peninsular”, en el terreno literario; por tanto, sus integrantes buscaban apartarse de esa tendencia, ser distintos y sentar las bases para una identidad literaria propia. En síntesis, la agrupación buscaba la “mexicanización de la cultura”, como señalaría más tarde Guillermo Prieto.

Luis Mario Schneider describe así esta etapa:

La desespañolización no es entre los románticos un juicio solo desvirtuado en el reproche, en el calor de la pasión. Su discusión tiende a objetivos más concretos. Tener conciencia del escaso desarrollo literario durante la colonia y del poco valor de la literatura española en los últimos siglos respecto a otras europeas obliga al romántico a plantearse la necesidad de una literatura propia, a discutir al mismo tiempo los factores que indicarían su originalidad así como los impedimentos que surgieran y pudieran darse en el desarrollo. (*Ruptura*, págs. 77-78).

En este intento de adquirir identidad literaria propia, la Academia de Letrán abrió sus puertas a cualquier intelectual que cumpliera con el requisito de someter algún texto, redactado en prosa o en verso, a la consideración del resto del grupo. En este orden de ideas Carlos Illades nos dice que “rápidamente creció esta membresía informal compuesta por poetas, científicos, periodistas a los que vinculaba el ejercicio de la pluma y el gusto por la conversación culta”. (*Nación*, pág.4).

Esta asociación fue creada en el Antiguo Colegio de San Juan de Letrán, en contraposición a la dictadura de Antonio López de Santa Anna, por un grupo de intelectuales que tomó las letras como un arma de compromiso ideológico, con la que se logró la convivencia de pensadores liberales y conservadores, generando un compromiso más allá de posturas ideológicas en torno al amor por las letras.

Los fundadores de la academia fueron José María Lacunza, Andrés Quintana Roo, -quien sería nombrado presidente vitalicio-, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio Rodríguez Galván, Fernando Calderón, de corte liberal y José Joaquín Pesado y Manuel Carpio, del partido conservador.

En el contexto histórico de esta asociación literaria resultó necesario erradicar las ideas del pasado y construir un país sobre los cimientos de la etapa colonial, por lo que los integrantes de la Academia de Letrán pugnaron por la consolidación de las bases de la cultura y la literatura de corte nacional.

Cierto es que los 30, son años de fervor patrio en los que el entorno político determinaba la forma de escribir, e incluso, de pensar; por ello, los integrantes de la Academia de Letrán transformaron la cultura escrita del país y le dieron sello e identidad a la vida literaria de México. Este fue el principio formal de las letras mexicanas. Su objetivo fue unir a sus integrantes, además de consolidar y expandir espacios de conocimiento, lectura y creación literaria.

La asociación buscó producir una literatura exclusivamente mexicana, pese a que en su interior confluyeron generaciones distintas en conceptos, ideologías, criterios, e incluso, edades. Los escritores que vivieron aquellos años de constante movimiento social colocaron los cimientos de la cultura escrita del país, discutieron en lugares públicos, enfrentaron sus ideas, en diarios y revistas, se unieron en academias y liceos y cimentaron las bases de la cultura por venir.

Hacia estos años, la vida literaria de México vivía una época de esplendor; la prensa se convirtió entonces en el medio por excelencia de la cultura escrita, pues abrió espacios de crítica, debate y creación. En los diarios se sostuvieron intensas controversias políticas,

literarias, sociales y religiosas. Los miembros de la academia hicieron del periodismo su herramienta principal de divulgación de ideas.

El primer tercio del siglo XIX fue una época que generó transformaciones en la forma de hacer escritura y abrió nuevos espacios: “una etapa que fue origen pero que también fue destino”, como señala el documental de Eduardo Patiño Díaz hecho para el canal 22.

Para el año de la creación de la Academia de Letrán, Ignacio M. Altamirano contaba apenas con dos años, sumergido en la zona montañosa del actual estado de Guerrero. Sin embargo, en sus *Revistas Literarias*, publicadas en 1868, dejaría asentado, en el capítulo que denominó *Renacimiento de la literatura mexicana*, su reconocimiento para esta asociación:

Decididamente la literatura renace en nuestra patria, los días de oro en que Ramírez, Prieto, Rodríguez, Calderón y Payno, jóvenes aun, iban a comunicarse a los salones de Letrán, hoy destruidos, sus primeras y hermosas aspiraciones, vuelven ya por fortuna para no oscurecerse jamás, si hemos de dar crédito a nuestras esperanzas. Aquel grupo de entusiastas obreros fue dispersado por el huracán de la política, no sin dejar preciosos trabajos que son hoy la base de nuestro edificio literario. (*La literatura*, tomo I, pág. 4).

Carlos González Peña se refiere a esta agrupación en *Historia de la literatura mexicana*, como “nuestra primitiva bohemia literaria” (pág. 139). Y será el primer intento, inicialmente instintivo por crear una literatura que fuera expresión real de lo nacional, de la identidad propia.

En este mismo sentido, Gerardo Bobadilla, en su obra *Estudios sobre literatura mexicana del siglo XIX* opina que:

Los integrantes de la Academia de Letrán definieron un proyecto ético-estético, romántico y nacionalista. En él se definían la función del escritor y la literatura. Aquel como guía y conciencia moral y material que debía de ayudar a configurar un sistema socio-político de corte liberal y ésta como un medio para instruir a las masas en la concepción nacional. (pág. 29).

De lo anterior, se desprende que esta asociación fue el primer intento de definir y crear una literatura exclusivamente mexicana. Fue el periodo fundante de nuestra tradición literaria. La

Academia de Letrán fue el parteaguas cultural de la época y el punto de partida para el inicio de nuestras letras nacionales; postulado que sería retomado años más adelante por Ignacio Manuel Altamirano al sistematizar un programa de nacionalización literaria.

Desde luego que Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez fueron personajes fundamentales para comprender la concepción literaria de Altamirano; dado que sentaron aspectos básicos sobre la necesidad de una tradición literaria propia.

La Academia de Letrán fue el principio de las letras mexicanas y en ella se defendió y ejerció la autonomía del arte y creó identidad en la vida literaria de la época.

3.3 Liceo Hidalgo

Fue la institución literaria de más larga vida. El Liceo Hidalgo es otra de las emblemáticas agrupaciones literarias del siglo XIX. Surgió hacia 1850 como una asociación de intelectuales que retomó el legado de la Academia de Letrán. Representó la continuidad de un proyecto nacional y la cuna de la segunda generación romántica mexicana. Tuvo tres periodos:

- 1) 1850-1859,
- 2) 1872-1882 y,
- 3) 1884-1879.

Altamirano fue el presidente durante el segundo.

En sus inicios, el Liceo Hidalgo manifestó un cambio significativo en el formato de sus publicaciones, eran más y de mejor calidad, y en su mayoría contenían bellas ilustraciones, algo nuevo para la época. Las librerías vendían calendarios, revistas, anuarios, libros de poesía, novela, ciencia e historia que se ilustraban con finos grabados, resultado de los avances de la ciencia y de las habilidades de impresores, escritores y periodistas que buscaban nuevos contenidos sobre la realidad nacional.

La guerra de ocupación de los Estados Unidos de América en México, en 1848, que lo despojó de la mitad de su territorio, desencadenó una nueva efervescencia de fervor patrio y originó el surgimiento de una nueva generación, compuesta por jóvenes de espíritu liberal que se propusieron reconstruir al país con el entusiasmo de la inspiración literaria, el amor por las letras como arma reestructuradora y recuperaron las raíces de un pasado simbólico.

El Liceo Hidalgo estuvo integrado por un grupo de escritores que defendieron el rumbo de las letras mexicanas por varios años; en la primera etapa, por casi una década. Sus reuniones se efectuaban domingos y días festivos en un local del Colegio de Minas. Redactaron un estatuto interno que reglamentaba sus labores oficiales y sus integrantes discutían las obras que escribían, organizaban debates, fomentaban círculos de opinión y organizaban concursos literarios para promover la cultura. Fue precedido en sus comienzos por Francisco Zarco.

En el Liceo Hidalgo, también participaron, como era natural, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, José María Roa Bárcena, José Tomás de Cuéllar, Francisco González Bocanegra, Vicente Riva Palacio, Ignacio M. Altamirano, Antonio García Cubas, Francisco Pimentel, Francisco Sosa, José María Vigil, Justo Sierra y Manuel Acuña.

Durante sus primeros años, el Liceo Hidalgo se consagró a los estudios de la historia patria. Su principal órgano de difusión fue *La Ilustración Mexicana*, revista editada por Ignacio Cumplido durante los años de 1851-1855. Ahí se publicaron ensayos, apuntes y reflexiones sobre historia, ciencia o arte. Sobresalen las litografías del propio editor para acompañar las notas publicadas. Hoy esta publicación está considerada como un valioso documento histórico. Los integrantes del grupo defendieron las labores literarias e hicieron un llamado para que la sociedad les otorgara el mismo valor y sentido que a la ciencia o a las artes.

Literariamente hablando era una época de crecimiento, de auge, debido a la solidez del quehacer editorial; la prensa era fuente de información, debate y discusión. Había un público lector en ascenso, debido a que la prensa tuvo un muy alto nivel de calidad con la pluma de los mejores escritores y pensadores del siglo XIX. En diversos periódicos, tanto liberales como conservadores justificaron sus ideas, defendieron sus posturas y reivindicaron su pensamiento.

Ejemplo de informativos de enorme trascendencia, a la apertura del Liceo Hidalgo fueron *El Siglo XIX*, editado por Ignacio Cumplido; referente de calidad y compromiso por el prestigio de sus colaboradores, entre ellos: Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Juan B. Morales, Francisco Zarco, Mariano Otero, Mariano Orozco y Berra o José María Lacunza y también *El Monitor Republicado* de Vicente García Torres, de postura más radical, cuyos algunos de sus participantes fueron José María Vigil, Manuel Payno, José María Iglesias, José María Lafragua, Juan A. Mateos y Francisco Olaguíbel. Ambas publicaciones fueron las que gozaron de más largo tiempo de vida y prestigio a lo largo del siglo XIX.

A la asociación le tocó vivir difíciles momentos de reacomodo histórico: padece la dictadura de Santa Anna, la Revolución de Ayutla, la inestabilidad de la presidencia de Comonfort, el triunfo de la Constitución del 57 y, finalmente, la Guerra de Reforma, hecho que dará fin a su primer etapa, pues ya no había condiciones para la vida cultural.

El presidente de la segunda etapa del Liceo Hidalgo fue Ignacio Manuel Altamirano. Quien, en 1872, reanudó los trabajos y llegaría a ser hasta 1888, el grupo más importante de promoción cultural en México. Se llevaban a cabo en él anualmente veladas cívicas y actos dedicados a honrar a escritores mexicanos como: Fray Servando Teresa de Mier, Sor Juana Inés de la Cruz, Andrés Quintana Roo, Juan Ruiz de Alarcón, entre otros.

Las discusiones centrales de la agrupación rondaban entorno al objetivo de la literatura nacional, el desarrollo de las letras y pretendían armonizar los elementos clásicos tradicionales de nuestra cultura.

Altamirano escribió *El Zarco (Episodios de la vida mexicana en 1861-63)*, entre 1886 y 1888. Los primeros 13 capítulos los leyó en las sesiones públicas y privadas del Liceo Hidalgo, en 1886. Esta novela no la vio publicada, por lo que está considerada como póstuma.

Después el Liceo Hidalgo vendrá el Liceo Mexicano que seguirá con el mismo espíritu de discusión y crítica. Y hacia 1875 llegó la Academia Mexicana de la Lengua; una institución más vigorosa por su estructura, con elementos de perdurabilidad en el ambiente lingüístico y literario mexicano, de acuerdo con la relatoría de José Luis Martínez.

4. Un proyecto literario nacionalista

Justo Sierra en su *Evolución política del pueblo mexicano*, señala que hacia el siglo XIX, nuestro país se sintió con la capacidad de para realizar esfuerzos supremos encaminados a lograr una identidad nacional, buscando la definición de su conciencia y la unificación como nación. Después de haberse logrado la Restauración de la República, la facción liberal, de la que Altamirano fue participante activo, intuyó la necesidad urgente de concretar proyectos de consolidación cultural y de autodefinición de la nación mexicana por vía propia.

De acuerdo con Víctor Barrera en *Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-1870)*, señala que la reforma configuró un Estado-nación que requería de una expresión literaria propia, por lo que “la consigna actual era conquistar para las letras lo que ya se había logrado con las armas: vencer la condición subordinada”. (pág. 335). Dicho esto, fueron las *Revistas Literarias de México* quienes respondieron a tal necesidad mediante un documento y programa literario.

En el terreno de las letras, 1868 será el momento principal para emprender y definir un proyecto literario de corte nacionalista, uno de los rasgos constitutivos de las literaturas nacientes fue pugnar por un desarrollo cultural a través de ensalzar lo nativo.

El postulado nacionalista de las letras mexicanas estructurado por Ignacio Manuel Altamirano fue parte de ese impulso reconstructor que el país necesitaba en los años de 1867-1868; resultado de los intereses literarios de su promotor para definir y conformar las bases de la producción literaria a partir de la Restauración de la República para conformar la identidad mexicana.

Afianzado el sentimiento nacionalista en nuestras letras, la publicación referida fue la herramienta para exaltar y describir lo propiamente nacional; así surgió la segunda generación romántica.

Cierto es que el nacionalismo ya había echado sus primeras raíces en la literatura mexicana, a través de la Academia de Letrán y del Liceo Hidalgo; sin embargo, fue Altamirano quién visualizó la falta de seguimiento sistemático al movimiento iniciado por Fernández de Lizardi. Por lo que sustentó su concepción literaria en el nacionalismo.

En comparación con las etapas anteriores de la expresión literaria mexicana, la literatura indígena y la de la etapa colonial, la del México independiente es mucho más compleja y variada, en la que pueden ser posibles varias interpretaciones.

La literatura producida entre 1810 y 1880, aproximadamente, sería principalmente un mecanismo de expresión del país en su faceta de independencia y habría de contar con un desarrollo sostenido; durante este periodo se puede hablar ya de generaciones literarias, corrientes o tendencias, a diferencia de las etapas previas. En términos generales, la corriente de literatura nacionalista va a cruzar casi todo el siglo XIX.

Recordemos que en los años que corren de 1836 a 1866 tiene lugar el periodo del primer romanticismo mexicano. Con la Academia de Letrán, se da el primer intento literario que expresó el paisaje y también las costumbres nacionales. Fue el primer intento formal y orgánico de plasmar una literatura de carácter nacional. A través de la poesía y los primeros intentos de novela, quedaron plasmadas aquellas primeras impresiones de una literatura que ensalce lo mexicano.

Debido a la restauración de la República en el país como resultado de la derrota al imperio de Maximiliano de Habsburgo y agotados, por tanto, los episodios bélicos, surgió un nuevo y renovado espíritu nacionalista entre los mexicanos.

El entorno social y cultural apaciguado forjaron las condiciones para retomar las actividades culturales y artísticas que fueron consideradas como el punto de partida para

reconstruir al país y eliminar los viejos rencores políticos. En este contexto, emerge el proyecto literario que afianzaría la identidad nacional.

Con el inicio, en 1867, de la etapa nacionalista de la literatura mexicana, Ignacio Manuel Altamirano retoma los principios de construcción de las letras mexicanas postulados inicialmente por los integrantes de la Academia de Letrán, tres décadas atrás. En palabras de Mario Schneider: “casi sin excepción la mayoría de los escritores de la primera y de la segunda generación romántica estaban empeñados en contribuir en la creación de una literatura positivamente mexicana”. (*Ruptura*, pág. 78).

Desde mi perspectiva, resulta evidente que la formación cultural del México independiente no se dio en línea recta sino con muchos altibajos. El siglo XIX fue un periodo de aprendizaje y formación. Varios de los hombres protagonistas del vaivén social y político de la centuria sintieron y plasmaron la urgencia de crear una cultura que sustentara al país naciente. Consideraban necesario eliminar los rasgos e influencias coloniales que habían sobrevivido. Por esto fue que:

“El siglo XIX tiene como principal tarea la maduración de la independencia intelectual y la realización de una expresión nacional y original”, (pág. 23), sentencia José Luis Martínez, en la primera nota preliminar de una de sus obras más significativas *La expresión nacional*.

De acuerdo con Julio Jiménez Rueda, “el mejor de la época es, sin duda, D. Ignacio Manuel Altamirano”, (*Letras*, pág. 115), dado su inquieto espíritu que se manifiesta en variadas actividades que asume en el terreno de la política y las letras.

Históricamente hablando, la Restauración de la República fue el suceso político que marcó un antes y un después en la definición de las letras mexicanas. El propio Martínez opina que:

Gracias a esta concordia intelectual y a la necesidad que los escritores de la época parecían sentir de trabajar cada uno en su campo por la creación de una cultura nacional, se manifestó un notable resurgimiento intelectual, en el periodo de 1867 a 1889, bajo el impulso promovido por Altamirano. (La expresión, pág. 69).

En este contexto, es que el escritor nacido en Tixtla, en su plenitud intelectual, sentó las bases de su proyecto nacionalista, que a partir de las letras, propugnó por dejar atrás a un país dividido y forjar, en estas nuevas condiciones, a un país integrado bajo los preceptos nacionalistas, al crear una literatura que fuera expresión total de lo mexicano. En el siguiente párrafo de las *Revistas Literarias de México*, Altamirano sintetiza sus anhelos para las letras:

¡Ojalá que en México pronto podamos decir lo mismo! Lo deseamos por el progreso de la literatura, porque es indudable que la recompensa es un estímulo para el trabajo. ¿Y por qué no había de realizarse esta esperanza? ¿Acaso en nuestra patria no hay un campo vastísimo de que puedan sacar provecho el novelista, el historiador y el poeta para sus leyendas, sus estudios y sus epopeyas o sus dramas? ¡Oh!, si algo es rico en elementos para el literato, es este país, del mismo modo que lo es para el agricultor o para el industrial. La historia antigua de México es una mina inagotable. (*La literatura*, tomo I, pág. 10).

Con sus planteamientos aspiró a fundir dos corrientes literarias: la clásica y la romántica, en una sola, “robusta y nueva”, para construir la orientación nacionalista de la literatura. Casi todos sus contemporáneos intelectuales mostraron destreza y habilidad para plasmar su talento literario, pero de acuerdo con Vicente Quirarte:

Pocos poseyeron, además, la visión de Altamirano para hacer de cada letra un instrumento de formación de conciencia. Sin embargo, también tuvo la agudeza y la cultura para comprender que la autonomía de nuestras letras debería corresponder a la emancipación política de México. Nadie, como él, puso énfasis en que nuestra literatura dejara de ser exclusivamente tribuna de otras latitudes, para emprender su propia aventura y hallar su identidad. (*Ignacio*, pág. 12).

Por otro lado, Edith Negrín, resume el siglo XIX literariamente hablando así:

Si la figura dominante en el primer ciclo (de la literatura del siglo XIX) es la de Fernández de Lizardi, y en el segundo, la de Quintana Roo, el tercero está

signado por Altamirano, por su prédica y su práctica de la concordia y el nacionalismo. (*Ignacio*, pág. 37).

Con los sucesos literarios de la época se ampliaron los horizontes a la cultura nacional. Ya había hecho José Joaquín Fernández de Lizardi un intento fructífero con la publicación de *El periquillo sarniento*, -obra que Altamirano juzgó como la primera novela nacional-; sin embargo, fue con la Academia de Letrán que se contó con un esfuerzo integrado. Sin que ello quiera decir que la producción literaria de Fernández no haya abierto una nueva senda hacia lo que más adelante sería entendido y sistematizado por Altamirano como literatura nacional. El mérito de Lizardi fue haber dado a la literatura mexicana cuadros y retratos de la vida diaria que no habían existido en ninguna obra anterior; con lo que sentó un precedente literario y cultural.

Sin embargo, no hay que perder de vista que Altamirano con sus ideas y su obra dió a nuestras letras en general, y a la novela en particular, un carácter nacionalista hasta entonces apenas esbozado. Su mérito literario fue articular y sistematizar en forma de programa las ideas que de manera más o menos dispersa y sin unificación habían discutido las generaciones anteriores.

La diversidad de temas tratados en sus artículos críticos le exigió un estudio integral que le permitió superar la visión de sus contemporáneos. En sus obras, Altamirano defiende a la literatura como un medio noble y eficaz para instruir a la sociedad; objetivo final de la producción literaria de acuerdo con su visión. De hecho, la etapa nacionalista de las letras mexicanas coincide con la etapa de madurez intelectual de Altamirano.

Para José Luis Martínez, el nacionalismo fue:

Esa corriente cuya vocación profunda es el amor por la tierra y por lo nativo y el reclamo de justicia para el desamparado, diríase un largo esfuerzo por recatar y defender el legado de nuestros antepasados indios y por afirmar ante el mundo lo que es propio y original de México. (*El trato*, pág. 113).

Después de las *Veladas Literarias* y de publicar sus *Revistas Literarias de México*, el escritor guerrerense emprendió la empresa cultural que le otorgó un lugar privilegiado en la historia de nuestras letras: el periódico *El Renacimiento*, “el documento que mejor sintetiza el carácter literario y aun cultural de toda una época”. (Martínez, *La Expresión*, pág. 199). Esta publicación fue la práctica literaria que le permitió materializar, concretar y evidenciar sus fines nacionalistas.

En este contexto, es importante no perder de vista que la mayoría de la literatura considerada como nacional, se publicó, en lo fundamental, a través de diarios y revistas. La consolidación del discurso autónomo de la literatura fue el primer paso de la crítica literaria.

En palabras de Víctor Barrera, el mérito del escritor guerrerense reside en:

El ordenamiento de la literatura mexicana para dar cuenta de su existencia y de su peculiaridad, y así proyectar la elaboración de un proyecto de reforma literaria de alcance nacional que no sólo demostraría la existencia de un campo literario autónomo, sino que sería el epifenómeno de un sistema político moderno. (*Lectores*, pág. 342).

En este mismo sentido Carlos González Peña apunta que:

De allí que, tanto por su propia obra como por su personal simpatía (...) haya ejercido tan benéfica influencia en nuestras letras, aspirando a fundir en una sola, robusta y nueva, y por demás nacionalista, las corrientes literarias –la clásica y la romántica- que antes andaban separadas y hasta solían mostrarse antagónicas. (*Historia*, pág. 191).

Es importante aclarar que Altamirano nunca se refirió a la creación de una literatura nueva sino al renacer de las letras nacionales.

En los apartados siguientes, analizaré los tres elementos iniciales y fundamentales de la definición y materialización del proyecto de las letras mexicanas abanderado por Altamirano: las *Revistas Literarias de México*, las *Veladas Literarias* y la publicación del periódico *El Renacimiento*.

4.1 Veladas Literarias de 1868

Después de la participación política de Altamirano desde la Revolución de Ayutla hasta la caída del Imperio de Maximiliano y restaurada la paz social en 1867, concluye que ha llegado el momento de dedicarse “sin descanso a las letras y de cantar a la patria libre y unida”. (*La literatura*, Tomo I, pág. 214)

Fue así como se crearon las Veladas Literarias entre noviembre de 1867, -meses después de la batalla del Cerro de las Campanas, en la que Altamirano jugó un papel decisivo-, y abril de 1868. Dos meses después, en junio, publicaría sus *Revistas Literarias de México*.

De acuerdo, con Ana Laura Zavala Díaz, en su participación en *Aproximaciones a una historia intelectual. Revistas y asociaciones literarias del siglo XIX*, en las veladas literarias se discutió el “establecimiento implícito de una serie de atributos y pautas de configuración del campo literario, en aquel momento cuando un manifiesto espíritu reconstructista insufló buena parte de los discursos sobre lo nacional, sobre lo mexicano”. (pág. 59).

A finales de 1867, Luis G. Ortiz y José T. Cuéllar, iniciadores de las veladas, tuvieron la idea de reunirse para oír la lectura de un escritor español y Altamirano acudió. Concluida la lectura, convinieron revivir estas reuniones, como décadas atrás se había hecho en la Academia de Letrán, con el propósito de influir en el progreso de la literatura nacional. Oficialmente Altamirano inauguró las Veladas Literarias en su casa un 4 de diciembre de 1867 para celebrar el regreso de Guillermo Prieto del extranjero.

Fue el encargado de convocar al mayor número de escritores sin distingo ideológico, político o de edad. En las veladas se leía especialmente poesía y algunos juicios críticos. Entre los mayores estaban: Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Manuel Payno; los que iniciaban su madurez: Vicente Riva Palacio, Luis G. Ortiz, José Tomás de Cuéllar, Juan A. Mateos y el propio Altamirano y de los que apenas se empezaba a escuchar su nombre eran:

Justo Sierra y Juan de Dios Peza. De esta convivencia literaria se deriva que a Altamirano se le reconozca ser el puente entre la vieja generación de la Academia de Letrán y la nueva generación que empezaba a dar sus primeros pasos y que sería la protagonista de la siguiente etapa literaria.

La autora de *Ignacio Manuel Altamirano. Para leer la patria diamantina* señala que a dichas veladas “asisten escritores de todas las tendencias políticas, apertura que significaba mucho en un medio tradicionalmente dividido por la gran pugna ideológica de la época”. (pág. 38). Por lo que concluye que dichas reuniones tuvieron una poderosa influencia en el planteamiento nacional altamiranista de la literatura.

Para abril de 1868, del grupo de los bohemios, estudiantes en condiciones precarias y en desarrollo, nació la Sociedad Nezahualcóyotl que buscaba un nombre bajo el postulado nacionalista de Altamirano. Para estos años y de acuerdo con Batis, la política dejó de ser una necesidad imprescindible del periodismo y “el movimiento literario se convirtió en el precursor de la tranquilidad y el orden”. (*Índices*, pág. XII).

Altamirano veía para este año un movimiento literario sano, en crecimiento y consolidación, pues la prensa ya no publicaba únicamente escritos políticos u obras literarias extranjeras sino varias novelas, poesías y estudios históricos. Circunstancia que iba formando un público lector cada vez más numeroso.

Meses después, Altamirano recordaría así aquellas tertulias: “con este fin, pues, se hicieron las reuniones que hemos mencionado al principio. Cordiales, entusiastas, dominando en ellas sólo la fraternidad y el deseo de ser útiles a la patria, dieron el resultado que todos han visto”. (*La literatura*, tomo I, pág. 217).

Como se puede apreciar, las reuniones referidas, la interacción literaria y el intercambio de ideas que en ellas se dio, influyeron de manera determinante para que su promotor, llegara a tal concusión y confiara en el futuro de su programa.

Podemos concluir, entonces, que los participantes de las *Veladas Literarias* bajo la influencia del segundo romanticismo promovieron la reinstalación del movimiento nacionalista en la literatura mexicana.

4.2 *Revistas Literarias de México*

Para imprimir el sentido nacionalista en la literatura mexicana, Ignacio Manuel Altamirano, con 34 años, diseñó y propuso un programa literario encaminado a que las letras mexicanas llegaran a ser auténticamente nacionales y originales, creando una formación y conciencia cívica al reconocer las tradiciones propias. Las nuevas condiciones sociales del país lo permitieron.

El programa nacionalista de las letras inició con la publicación de las *Revistas Literarias de México*, punto de partida y sustento de la etapa literaria que habría de dominar la vida cultural de México. Este texto fue el primer esfuerzo panorámico y para definir las letras mexicanas “desde una perspectiva más “literaria” que política”. (Barrera, pág. 352).

Esta publicación vio la luz en junio de 1868, en el periódico español *La Iberia* y comprende un periodo de estudio que va de 1821 a 1867; fue el programa con el que Altamirano inauguró su concepción literaria sobre el nacionalismo. Es el punto de partida con el argumenta el por qué y el para qué de crear una literatura nacional; el tema central del presente trabajo. Esta visión se mantendrá latente durante las dos décadas siguientes.

Con este texto, Altamirano dejó asentado el sustento ideológico de lo que en su concepción era el camino que debía seguir la literatura, derivado de las conclusiones a las

que llegó después de haber analizado el panorama literario del México independiente a partir de 1821. Es por esto que las *Revistas Literarias de México* se consideran como el inicio de la historiografía literaria en el país.

Hacia 1868, Altamirano se perfilaba como el crítico literario con más autoridad y también como el ideólogo cultural que sintetizaba el desarrollo estético y moral de la literatura mexicana.

Emmanuel Carballo señala que fue el primer escritor en convocar a otros brillantes colegas para poner en práctica el retorno a la esencia que daba vida al país y también el primero en tener conciencia clara de la singularidad y autonomía artísticas mexicanas. Así lo asentó en su *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*: “la bandera que podía alentar a un pueblo exhausto y desilusionado debía de ser el nacionalismo”. (pág. 60).

De acuerdo con esta visión, los argumentos nacionalistas son establecidos por dos motivos: primero, porque servirán de parámetros a la producción literaria y segundo, porque él mismo los habrá de poner en práctica en sus novelas.

En las *Revistas Literarias de México*, Altamirano expuso cuatro grandes ideas: el renacimiento de la literatura mexicana, los elementos que deben contener las letras mexicanas, las características de la novela como género y la utilidad de ésta para educar al pueblo. Él mismo lo dispuso en cuatro capítulos: I. *Renacimiento de la Literatura Mexicana*, II. *Elementos para una literatura nacional*, III. *Novelas* y IV. *Veladas Literarias*.

A lo largo de estos cuatro apartados, abunda de manera reiterada sobre las características que debe cumplir la producción literaria generada a partir de este momento histórico; esto porque para el escritor las letras no eran una actividad superficial e independiente sino que estaban supeditadas a convicciones políticas, morales y pedagógicas; en sus propias palabras al “amor a la patria”.

Altamirano estaba completamente convencido de que en México existía un vasto acervo histórico del que podrían sacar provecho lo mismo el novelista, que el historiador o el poeta: “la historia antigua de México es una mina inagotable”. (*La literatura*, tomo I, pág. 10).

Justamente este es el sustento de la concepción nacional altamirana: la diversidad de temas que el escritor puede tomar para darle un sello nacional a sus escritos, anhelo que quedó sintetizado varias veces. En sus palabras: “deseamos que se cree una literatura absolutamente nuestra, como todos los pueblos la tienen, los cuales también estudian los monumentos de los otros, pero no fundan su orgullo en imitarlos servilmente”. (*La literatura*, tomo I, pág. 15).

De acuerdo con César Garizurieta en *Isagoge sobre lo mexicano*, Altamirano “fue un hombre de letras que usó su talento artístico a la conquista de valores para servir al engrandecimiento del país”. (pág. 24). Fue este compromiso social y moral que asumió por sí mismo que lo llevó a supeditar sus habilidades intelectuales y a destinar su energía para consolidar las letras mexicanas y entender cabalmente el nuevo horizonte del país. La variedad de actividades que realizó durante sus 59 años de vida, así como, la versatilidad de su escritura dan fe de su compromiso político, estético y social.

En esta publicación tomó la defensa de la novela y expuso sus ideas sobre la historia literaria; argumentos que no sólo habrá de proyectarlos en todas sus obras posteriores, particularmente en *El Zarco*, sino porque, además, influyen en los novelistas de la segunda mitad del siglo XIX.

En *Historiografía de la literatura mexicana*, Jorge Rueda de la Serna, señala que:

Altamirano cumplió cabalmente con su tarea: sistematizó, organizó y difundió un cuerpo doctrinario de ideas sobre la literatura mexicana, pagó con creces lo que él mismo llamó su deuda literaria y fue ese puente importantísimo entre el pasado reciente y el promisorio futuro. (pág. 105).

En este mismo sentido, pero en palabras de Fernando Tola de Habich, las revistas literarias nos permiten:

No solo apreciar sus posiciones y sus ideas críticas sino también lo que era el movimiento literario en esos años y el apoyo que brindaba al prologar o comentar un libro de un autor joven o que recién se iniciaba en las publicaciones. (*Homenaje*, pág. XXXIV).

Cierto es que la Academia de Letrán realizó los primeros intentos por mexicanizar la literatura; sin embargo, no desarrolló con un método específico como si lo hizo Altamirano.

En conclusión, las *Revistas Literarias de México* es hoy una publicación valiosa desde el punto de vista literario e histórico. Desde el literario porque encontramos una manifestación clara del estado de las letras en la época. Y desde el histórico porque registra los intereses de la sociedad de la época.

Aunado a lo anterior, la podemos ver también desde dos perspectivas: la primera, fue el medio que Altamirano usó para defender su programa literario y la segunda, sirvió también como medio de atracción a su propósito cultural.

Pese a las cualidades descritas del texto, vale la pena precisar que la primera edición apareció en el folletín español *La Iberia*. Hecho que llama la atención, pues como ha quedado asentado en el apartado de *Bibliografía* del presente trabajo, para este tiempo Altamirano colaboraba en varias publicaciones mexicanas. Sin embargo, este material con el que se sustentó el contenido de su programa literario fue publicado en España.

Lo que nos lleva a pensar que Altamirano fue un hombre de su tiempo. Más allá de haber sido un literato, también fue un político; que accionó de acuerdo a los intereses y circunstancias del momento. El análisis que hizo contribuyó de manera fundamental a la historia de nuestras ideas literarias y nacionales.

4.3 Periódico literario *El Renacimiento*, 1869

Los variados y constantes vaivenes políticos anteriores a 1867 y posteriores a 1836, impidieron la continuidad directa de la Academia de Letrán y del Liceo Hidalgo; por eso Altamirano, en la introducción a *El Renacimiento*, dice que “se necesita la sombra de la paz para que el hombre pueda entregarse a los grandiosos trabajos del espíritu”. (*La literatura*, tomo I, pág. 214).

Todos sus números fueron publicados por la imprenta de Francisco Díaz de León y Santiago White, en formato de 28 x 19 centímetros, en papel importado, con un total de 16 páginas y tiraje superior a los 500 ejemplares.

Este periódico literario está íntimamente ligado a la Restauración de la República y su propósito fue reunir a intelectuales de ambas corrientes ideológicas dominantes, liberalismo y conservadurismo, para hacer de las letras un vehículo de cohesión y educación entre los mexicanos fragmentados y resentidos por las guerras previas. Con la publicación de su primer número, el 2 de enero de 1869, se inició una nueva etapa en la vida literaria y cultural del país. Además, es un testimonio de los acontecimientos culturales y literarios durante el año de su circulación.

Su director, Ignacio Manuel Altamirano, logró la que ha sido calificada como una hazaña literaria e histórica por Huberto Batis, es decir, reunir en sus páginas a escritores de ambas comuniones políticas sin hacer ningún tipo de distingos.

El Renacimiento fue la síntesis de las ideas nacionalistas que perfilaron al primer romanticismo desde la aparición de la Academia de Letrán hasta el segundo romanticismo que tuvo lugar con la Restauración de la República, en la idea de forjar y consolidar la literatura en nuestro país. En esta revista, publicaría Altamirano, por entregas, su primera novela: *Clemencia*.

Sus colaboradores fueron: Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto y el joven, Justo Sierra. Participaron también: Manuel Acuña, Luis Gonzaga Ortiz, Manuel M. Flores, Juan de Dios Peza y Gonzalo Esteva, este último editor y patrocinador inicial.

Altamirano, en su calidad de director, tuvo a cargo la parte crítica y su columna la denominó *Crónica de la Semana* en la que amplió y defendió su ya anunciada tesis literaria y nacionalista.

Como quedó dicho líneas arriba, el objetivo de la fundación de *El Renacimiento* fue impulsar el progreso y consolidación de la literatura mexicana, como principio de bienestar general, ante un exacerbado panorama de nacionalismo luego de la caída del imperio dos años atrás. De periodicidad semanal, reunió a aproximadamente a un centenar de escritores sin considerar a los extranjeros traducidos.

De acuerdo con José Luis Martínez:

Uno de los más oportunos aciertos de su fundador fue el no haber proyectado su “periódico literario” como órgano de facción –lo que hubiese parecido más natural ya que todos en el grupo eran liberales-, sino el haber decidido, desde el primer número, que la publicación fuese un centro de conciliación, un signo de paz de los nuevos tiempos. (*La Expresión*, pág. 68).

Esta revista literaria puso de manifiesto el “sorprendente florecimiento cultural de su tiempo”, (pág. VII), como lo señaló Huberto Batis a propósito de la edición facsimilar que hizo de esta publicación. Fue el resultado de un auge cultural que no se había registrado en la formación del México independiente y cuyos primeros intentos previos se vieron limitados por los movimientos armados.

La portada la diseñó el grabador Hesiquio Iriarte en la que plasmó a través del ave fénix el mensaje del resurgimiento de las letras, justamente el sustento de los planteamientos

literarios que ya había difundido Altamirano en sus *Revistas Literarias de México*, en las que plasmó inicialmente las bases de la literatura nacional.

De acuerdo con el análisis de Batis, la calidad en la impresión fue alta, existió pulcritud y el papel que se usó fue de exportación. Fue la primera revista en ofrecer una retribución económica a sus colaboradores, atendiendo al llamado que ya había hecho Altamirano en sus *Revistas Literarias*.

El tema recurrente será el de la cultura nacional; la mayoría de los colaboradores compartían la misma concepción que defendía su director.

En *Ruptura y continuidad*, Luis Mario Schneider señala que:

Ignacio Manuel Altamirano, alentará en palabra y en acción la necesidad de agruparse sin distingos de ideas políticas o religiosas, con una única finalidad: crear a como dé lugar la literatura mexicana. Resultado de ello es la aparición, en 1869, de la revista *El Renacimiento*, la que lejos de toda bandería hizo posible la convivencia entre liberales y conservadores, de poetas de la pelea pasada con los actuales y los que apenas se iniciaban”. (pág. 79).

Pese a que durante la primera mitad de su primera etapa de vida, la revista tuvo éxito en las ventas, acabó con problemas de financiamiento que la llevó a declararse en quiebra a finales de año. Fueron justamente 12 meses de vida.

Al respecto, Edith Negrín, nos informa a detalle:

Publicada semanalmente a lo largo de un año de vida, la revista tiene dos épocas. La inicial, agrupada en un primer tomo, comprende 35 números, aparecidos entre enero y agosto de 1869 (...) a partir del 4 de septiembre, la entrega 36 inicia el segundo tomo, con un cambio, los fundadores han vendido los derechos editoriales a una impresora (...) en la entrega 52 del semanario, correspondiente al 18 de diciembre, el escritor (Altamirano) se despide de los lectores. Considera que la revista había cumplido con su propósito de “impulsar el progreso de la bella literatura. (*Ignacio*, pág. 39).

El grupo literario que hizo posible dicha publicación se propuso lograr la reconciliación de los mexicanos usando como herramienta la palabra escrita, con profundidad y exactitud, pero

sin excesos técnicos ni de especialización, mediante temas de crítica, historia, arqueología, pintura, teatro y música.

A *El Renacimiento* lo rigieron los valores de libertad de conciencia, igualdad del hombre ante la ley, libertad de prensa, de culto, de reunión y de asociación; interactuar con sus lectores a quienes pretendían comunicar ideas de progreso, democracia, educación, valoración de la cultura, así como, difusión de las ciencias y las ideas.

Así lo dejó asentado Altamirano en la introducción a la revista:

El progreso de las letras en México no puede ser más favorable, y damos gracias al cielo, que nos permite una ocasión de vindicar a nuestra querida patria de la acusación de barbarie con que han pretendido infamarla los escritores franceses, que en su rabioso despecho quieren deturpar el noble pueblo a quien no pudieron vencer los ejércitos de su nación. (*La literatura*, tomo I, pág. 219).

Transcurridos 150 años, todo parece indicar que *El Renacimiento* fue el parteaguas para la definición del rumbo que tomaron las letras mexicanas, respondiendo a un momento histórico específico que demandó a la literatura una función también específica, la de la integración nacional.

En el número 52, Altamirano anunció el cierre del periódico y resumió así el mérito literario de la publicación:

El objeto a que aspiramos al fundar *El Renacimiento*, que fue el de impulsar el progreso de la bella literatura en México, se halla completamente realizado, el movimiento literario que se nota por todas partes es verdaderamente inaudito, y al desaparecer nuestro periódico, los que hemos escrito en él, llevamos la satisfacción (...) de haber contribuido empeñosamente a favorecer este movimiento, por cuantos medios nos han sido posibles, luchando con las dificultades que en nuestro país todavía son grandes para que una empresa literaria tenga éxito. (*Obras completas*, tomo XIII, pág. 18).

Años después, en 1893, con motivo de su muerte, sus correligionarios se plantearon reeditar la revista y fue Guillermo Prieto quien se puso a la cabeza del proyecto. En esta segunda

época se incorporaron otros escritores como: Ángel del Campo, Rafael Delgado y Luis G. Urbina. Sin embargo, a mediados de 1894, las mismas dificultades económicas extinguieron la publicación.

El Renacimiento fue la publicación por excelencia del romanticismo mexicano y el equivalente de la revista *Azul* para el Modernismo. Los temas literarios predominantes fueron: el concepto de nación y la interpretación de la función de la literatura.

Señalados los hechos y publicaciones que sustentaron los preceptos nacionalistas y de literatura nacional esbozados por Altamirano, continúo con el:

5. Contenido por capítulos de las *Revistas Literarias de México*

A lo largo de sus *Revistas Literarias de México*, Ignacio Manuel Altamirano expuso y sustentó su concepción literaria; explicó en cuatro capítulos las características con las debiera contar la producción literaria a partir de esta etapa, 1868, y auguró, que de considerarse sus observaciones, la existencia de la literatura nacional estaría asegurada.

Tal vez no haya logrado todo lo que bosquejó, pero la literatura nacionalista fue un tema trascendente y en discusión durante años posteriores. De acuerdo, con estudiosos literarios del siglo XIX, como José Luis Martínez o Alicia Perales, a la etapa nacionalista corresponden aproximadamente 20 años de existencia y dominancia; por lo que resulta evidente que muchas de las obras publicadas en este periodo contengan elementos nacionalistas por lo que son prueba de su periodo de vida. De acuerdo con la visión nacionalista, era lo que las letras y el país necesitaba: fortalecer la identidad mexicana. Todo lo que Altamirano escribió a partir de 1868 lleva impregnado ese sentido nacionalista que difundió y defendió desde todos los foros en los que le fue posible, aunque no con el mismo enfoque.

Diversos escritores de la época defendieron la literatura nacional, por ejemplo, José María Lafragua y José Tomás de Cuellar, pero para Schneider:

Si bien no fue (Altamirano) el primero en asentar las bases ideológicas de la literatura nacional, lo fue en cuanto consiguió conjugar el pensamiento con el ejercicio. Logró hacer de la teoría un cuerpo orgánico y en la práctica aportó su propia creación, posibilitó la publicación de obras de poetas, novelitas y ensayistas, en las revistas y en los periódicos que dirigió; escribió además prólogos y alentó con su crítica y en sus crónicas todo escrito, todo círculo en el que descubría adictos a su misión. (*Ruptura*, pág. 80).

En este mismo sentido y de acuerdo con la perspectiva de Nicole Girón, en el panorama de las letras mexicanas del siglo XIX, Altamirano figura como el “campeón de la expresión nacional”. (*La República*, tomo III, pág. 363).

En un artículo que denominó *Declaración de principios*, Altamirano sentenció que no tomó la pluma:

Con el objeto de enseñar, sino de admirar, y por eso que no se nos eche en cara nuestra propensión al elogio y nuestra admiración, tal vez demasiado cándida, pero seguramente sincera. Nosotros deseamos el progreso de la literatura en México”. (*Espejo*, pág. 129).

Dicho lo anterior, resumiré el contenido de los cuatro capítulos que integran las *Revistas Literarias de México* y enumeraré algunos de los argumentos que allí su autor, en los que sustenta sus ideas literarias nacionalistas, con el propósito de identificar las características específicas de su concepción literaria.

5.1 Renacimiento de la literatura mexicana

En este primer apartado, ya en un ambiente de paz social, Altamirano inicia su programa nacionalista convencido de que “la literatura renace en nuestra patria”, además de recordar los “días de oro” en que se reunían los integrantes de la Academia de Letrán y los días de zozobra en que la guerra “ahogó el canto de las musas” para concluir que la inspiración en lugar de elegías y cantos heroicos, inspiró leyes; en palabras suyas:

La literatura abrió paso al progreso, o más bien dicho, lo dió a luz, porque en ella habían venido encerrados los gérmenes de las grandes ideas, que produjeron una evolución grandiosa. La literatura había sido el propagador más ardiente de la democracia. (*La literatura*, tomo I, pág. 5).

Esta cita encuentro de manera clara cómo Altamirano estaba convencido de que antes y después del movimiento independentista, las letras fueron un parteaguas para el desarrollo y progreso en el país, dando como resultado una evolución significativa, según juzga. Indudablemente hace referencia a las ideas libertarias y progresistas que promovió la Independencia de México; estos ideales tuvieron origen en la Ilustración francesa, que

conocía perfectamente bien, -recordemos que en os primeros años de la década de los 60, se le llamaba el “Marat de los puros”-.

Después de enumerar y reconocer la participación de sus colegas escritores en el proceso de formación del México independiente, hace un reconocimiento:

La juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse a un nuevo silencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar a cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan. (*La literatura*, tomo I, pág. 7).

Me parece que esta idea es trascendental para sustentar su literatura nacional. Altamirano hace referencia tanto a los escritores muertos en la etapa de guerra: Rodríguez Galván, Orozco y Berra, Arróniz, Díaz Covarrubias, Florencio María del Castillo, como a los que sobrevivieron al periodo bélico: Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, José María Lafrauga, Manuel Payno y también a quienes empiezan a adquirir prestigio como Justo Sierra. Con el propósito de continuar con la tradición pero también de renovación.

Todos tuvieron participación directa en los diferentes episodios de la guerra, es decir, formaron parte activa en la construcción del país no solo en el terreno literario sino también en el proceso político y bélico. Este fenómeno no habría de repetirse en ninguna otra generación de escritores o corriente literaria. Aquí hallamos una peculiaridad interesante.

En el apartado que corresponde a su biografía vimos cómo durante un lapso de 13 años participó en el movimiento armado en el país; inició en 1854 con el estallido de la Revolución de Ayutla y culminó en 1867, con su participación en el Sitio de Querétaro, con la caída del imperio de Maximiliano de Habsburgo.

De lo anterior se concluye que los miembros de la corriente nacionalista, en general y Altamirano en particular, intervinieron en la mayoría de los casos de manera directa, en el proceso político de definición del país. Esta es la primera peculiaridad del grupo literario, y

tal vez una de las más relevantes; pues, su experiencia práctica les llevó a defender la identidad nacional en el terreno de la escritura.

Conclusión que parece lógica. Era natural que habiendo salido victoriosos imprimieran ahora a las letras ese sentimiento de compromiso con el país y que trabajaran constantemente para la creación y desarrollo de la literatura nacional. Aunque hayan sido soldados, antes que todo eran escritores.

En este primer capítulo de las *Revistas Literarias*, Altamirano concluye que probada la lealtad de sus compañeros escritores y atentos a lo que sería su nueva misión, ahora en el terreno de las letras, se dispondrían a abrir sus brazos a toda la República, buscando contribuir a su reconstrucción y definición. Por eso, llama a “todas las inteligencias mexicanas”, “cualquiera que sea su fe política”.

Después de enumerar los valores e ideales de sus colegas escritores durante el episodio de guerra y trasladados éstos a la producción literaria, Altamirano concluyó que dadas estas condiciones podría “predecirse que la existencia de la literatura nacional está asegurada”. (*La literatura*, tomo I, pág. 8).

Con los argumentos que Altamirano esboza en este primer capítulo de sus *Revistas Literarias*, se logra apreciar que estaba plenamente convencido de que nuestro país sólo podía fortalecerse por el retorno a la propia esencia que lo definía y le daba vida como nación independiente. Hace un recorrido histórico y literario en los años previos a la Restauración de la República, esmerándose en registrar la evolución del país y alentar, con todos sus medios y argumentos, el resurgimiento de las letras patrias.

Además, hace hincapié en que trasladados los valores éticos de sus compañeros al terreno literario se estaría logrando aquel sueño de libertad traspuesto a las letras. Asegura que el renacimiento literario no sólo es cuestión de talento sino de voluntad.

Altamirano eleva valores como las aptitudes individuales, la grandeza del alma y la honradez como superiores al interés monetario, al mando de la fuerza o de la intriga. Y pretendía que en su círculo literario imperaran los primeros sobre los segundos. Tenía bien definidos sus criterios humanistas.

Con esta publicación, y particularmente en este primer capítulo, buscó infundir una conciencia de lo nacional, además de asumir una responsabilidad intelectual con la generación literaria que inició con la caída del imperio y que se agotó hacia 1890.

Se trata de un capítulo breve, en el que impera aquella preocupación suya por cultura de lo nacional y el deseo y aspiración a que nuestra literatura llegara a ser expresión fidedigna de lo mexicano y un elemento activo de integración nacional.

5.2 Elementos para una literatura nacional

Altamirano inicia este capítulo afirmando que “el movimiento literario es visible”. Y llega a tal conclusión debido a que la prensa ya no sólo se ocupaba de temas políticos u obras literarias extranjeras, sino que publicaba varias novelas, poesías, artículos de costumbres y estudios históricos de jóvenes mexicanos confiados en ese entusiasmo literario y cultural.

En este contexto, Altamirano observa la existencia de un movimiento literario en apogeo y aprovecha para presentar su programa literario en busca de contribuir en la definición de las letras en el país.

Para entonces es patente que la difusión de obras literarias mexicanas, como *Martín Garatuza* y *Monja y casada, virgen y mártir* de Vicente Riva Palacio; el reducido público lector recibe cada día con más placer estas publicaciones, por lo que “podrá la protección pública venir en auxilio de la literatura y recompensar los afanes de los literatos, no siendo ya este trabajo estéril y sin esperanza”. (*La literatura*, tomo I, pág. 9).

Altamirano asegura que es necesario ofrecer un estímulo económico a los escritores para lograr el progreso de la literatura, además del reconocimiento social e intelectual. Pues, hasta entonces, no existía remuneración económica por el trabajo escrito, pese a ser actividad dominante a lo largo del siglo; será hasta la publicación de *El Renacimiento*, 1869, cuando sus colaboradores empiecen a percibir algún ingreso. Las letras nacionalistas tenían un móvil educador y no económico por lo que se anhelaba fuesen valoradas y recompensadas.

En este capítulo también aborda qué temas deberían ser considerados por el novelista, el historiador o el poeta mexicano. Y su respuesta es inmediata y contundente: “la historia antigua de México es una mina inagotable”, si algo es vasto en elementos para el literato, es este país, dice.

En líneas subsecuentes, Altamirano ofrece una lista amplia de tópicos sobre los que sus contemporáneos escritores podían escribir; mostrándose orgulloso de la propia historia del país. También hace referencia a algunos estudiosos extranjeros que han escrito sobre México y leídos con avidez en Europa, “pero estos tesoros a nadie deben enriquecer más que a los mexicanos”. (*La literatura*, tomo I, pág. 10).

En seguida hace alusión a cuáles tendrían que ser las características de la novela mexicana, género poco cultivado hasta entonces:

En cuanto a la novela nacional, a la novela mexicana, con su color americano propio, nacerá bella, interesante, maravillosa. Mientras que nos limitemos a imitar a la novela francesa, cuya forma es inadaptable a nuestras costumbres y a nuestro modo de ser, no haremos sino pálidas y mezquinas imitaciones, así como no hemos producido más que cantos débiles imitando a los trovadores españoles y a los poetas ingleses y a los franceses. La poesía y la novela mexicanas deben ser vírgenes, vigorosas, originales, como lo son nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación. (*La literatura*, tomo I, págs. 13-14).

Considero la cita habla por sí sola. Refleja en su totalidad las bases y el sustento de la literatura nacionalista que pretendió su creador, defensor y propagador. En este párrafo se

encuentran las características resumidas de su nacionalismo literario, es decir, es el más abarcador y concreto que mejor sintetiza su concepción literaria.

5.3 Novelas

Este es el capítulo más amplio de la publicación referida. Altamirano estaba convencido que el género narrativo, en particular, la novela, ocupaba un rango superior, no solo por ser la forma literaria que con más gusto recibía el público en 1868 y cuya lectura se iba haciendo más popular sino por ser la herramienta literaria con que los escritores de la época habían logrado descender a la masa para transmitir un mensaje, es decir, “las doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido más difícil hacer que se aceptasen”. (*La literatura*, tomo I, pág. 17).

Esta orientación es importante porque el escritor juzga imprescindible incorporar a la novela el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política y el estudio social. De acuerdo con su visión, el género debía cumplir una misión filosófica y trascendental. Veía en la novela un elemento activo de educación y una forma ideal para comunicar al pueblo las nuevas ideas: “la novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario”. (*La literatura*, tomo I, pág. 18).

He aquí otra de las cualidades de la literatura nacionalista: la educación.

Para sustentar su argumento, “el maestro” hace un recorrido histórico por la evolución de la novela y concluye que en la antigüedad el embrión existía; sin embargo, se cultivaron otros géneros como la poesía épica, la poesía dramática, la poesía lírica, etc., pero es en la edad moderna y “particularmente en nuestros días” cuando la novela ha llegado a ser la forma literaria favorita del pueblo, e incluso, hasta ha sido necesario mezclar en ella a los otros géneros para vulgarizarlos. De ahí su importancia como impulso para el porvenir.

En este capítulo, Altamirano deja constancia de su dominio de la cultura clásica y las literaturas europeas, particularmente, de la alemana, francesa e inglesa; después de hacer un recorrido histórico de la evolución género. Hace un reconocimiento de las tradiciones preexistentes.

También hace referencia a la Revolución Francesa, como el movimiento que agitó al mundo a finales del siglo XVIII; hecho histórico que todo lo acalló en derredor suyo, señala.

De lo que concluye que:

Todo en aquella época estaba trastornado por la fiebre política. Pero pasó, y la nueva florecencia de la literatura debía ser más fecunda en el presente del siglo. He ahí que hemos llegado al tiempo en que la novela, dejando sus antiguos límites ha invadido todos los terrenos y ha dado su forma a todas las ideas y a todos los asuntos, haciéndose el mejor vehículo de propaganda. (*La literatura*, tomo I, pág. 28).

Este párrafo sintetiza cómo el autor concebía a la novela como género. Altamirano al referirse a la Revolución Francesa, que para cuando sucedió aturdiría a Europa completa, además de que “todo en aquella época estaba trastornado por la fiebre política”, me lleva a recordar al México de años y décadas previas a la publicación de las *Revistas Literarias* pues también vivía una revolución social, donde la política era el común denominador y que acalló todo en “derredor suyo”. Es decir, encuentro una similitud entre lo que el autor describe al referirse a la Revolución Francesa y lo que México había vivido en años anteriores.

Me parece que la síntesis que hace sobre lo sucedido en Europa y Francia, la traslada al panorama de su país para hacer renacer a las letras mexicanas, haciendo hincapié en la no imitación de las literaturas europeas sino en el rescate de la esencia mexicana, usando como herramienta principal a la novela, que resulta ser el mejor instrumento de propaganda, en este caso, de comunicación y educación.

Hecho este análisis, Altamirano señala que la novela ocupa para entonces un lugar respetable en la literatura y que se siente su influencia en el progreso intelectual y moral de los pueblos camino a la modernidad. Tal como ya había sucedido en países de occidente. Hay una forma y función heredada. Porque este género “es el apóstol que difunde el amor a lo bello, el entusiasmo por las artes y aun sustituye ventajosamente a la tribuna para predicar el amor a la patria”. (*La literatura*, tomo I, pág. 29).

Y así lo haría un año después, con la publicación de *Clemencia* en 1869. Veía en la novela, una forma de escritura atractiva y agradable, de inmensa utilidad y de efectos beneficiosos para la instrucción de las masas.

Por lo que la novela del siglo XIX, continúa argumentando, debe colocarse al lado del periodismo, el teatro, y el desarrollo industrial para contribuir a la mejora cultural y social de la humanidad; fin último de la concepción nacionalista de las letras. He aquí otra de las características del programa literario altamiranista: ser la novela el vehículo de educación para los lectores, particularmente, de las clases bajas, para que el conocimiento deje de ser un privilegio. Este es un rasgo más de su humanismo.

Hasta antes de la consolidación de la novela como género, las doctrinas sociales, los principios morales y la política habían sido propiedad casi exclusiva de la cátedra o del periódico; sin embargo, Altamirano pretendía que se convirtiera en un órgano poderoso de propaganda. A este rango elevó a la novela. Y lo ejemplifica con *Los miserables* de Víctor Hugo.

Altamirano defendió y elevó la novela porque fue la herramienta literaria que mejor podría reflejar la forma de ser y sentir de los mexicanos, por tanto, convocó a la originalidad como única vía posible para expresarla, “abandonando los moldes europeos insuficientes para retratar el acontecer mexicano” (pág. 47), como lo señala Guillermo Gutiérrez, en *La novela*

en México en el siglo XIX. Es decir, confío en el género como el vehículo ideal para transmitir las ideas nacionalistas.

Cierto es que antes de 1868 ya existían antecedentes costumbristas en la novela, por ejemplo, en *El fistol del diablo* (1845-1846), en *El hombre de la situación* (1861) o en *Astucia* (1865), pero será Altamirano quien sustente, sistematice y justifique la inclusión de la vida mexicana en el género.

En la publicación hecha por la Universidad Autónoma de México con motivo del centenario del nacimiento de Altamirano se señala que el autor:

No solo vino a dar identidad literaria a la novela, que antes que él, artísticamente, no existía, por lo cual, en este respecto, aparece no ya como innovador, antes bien como creador; sino que, de sus obras, las más numerosas, y, a la vez, las mejores, son sus novelas. (*Homenaje a Ignacio*, pág. 43).

El siglo XIX novela prácticamente toda la historia de México, desde la Conquista hasta la Restauración de la República con una peculiar interpretación de cada etapa.

5.4 Veladas Literarias

Estas reuniones tenían como objetivo “estimular a la juventud” para ejercer la práctica literaria. Altamirano juzgó tal objetivo cumplido concluidas tales tertulias. En este apartado, el autor narra algunas de estas reuniones y describe quienes participaron, con qué lectura; da más amplitud y detalle de información de lo que fueron las Veladas Literarias, reuniones realizadas hacia finales de 1867 que formaron parte del inicio, desarrollo, consolidación y sistematización del proyecto nacionalista.

Este apartado solo aporta información descriptiva.

6. Síntesis de las características específicas de la literatura nacionalista

altamiranista

Resumidos los cuatro capítulos que integran las *Revistas Literarias de México*, a continuación, enumero las características específicas con las que debería contar la producción literaria en México, de acuerdo con la visión altamiranista, para que ésta fuera de carácter nacional:

6.1 Sentido educador

Este es de los objetivos primarios del modelo literario propuesto por Altamirano; su meta era que la literatura sirviera como una herramienta de desarrollo y superación cultural para los lectores y el pueblo mexicano mediante el reconocimiento de una identidad colectiva, histórica y nacional que permitiera la proyección de objetivos y metas de progreso comunes a todos los miembros de la colectividad.

Por tanto, el programa nacionalista pretendía un sentido didáctico que permitiera la transmisión de nuevas ideas y valores que elevaran a los lectores a la instrucción. Una meta bastante ambiciosa pero necesaria de acuerdo al momento histórico que pretendía la identidad nacional.

Es bien sabido que para esta época el porcentaje de lectores era mínimo. De ahí, la necesidad de instrumentar una campaña social de educación. Altamirano pretendía contribuir con esta tarea a través de una nueva producción literaria que habría de ayudar a elevar el nivel de instrucción de la sociedad, agrupándola y elevándola entorno a un tópico común: la identidad mexicana.

A diferencia de otras etapas literarias posteriores, en el nacionalismo, la literatura no busca sólo el placer estético o artístico sino además ser el mecanismo para transmitir nuevas ideas

a los lectores, tiene una “intención profundamente filosófica y trascendental” en palabras de Altamirano. Eleva a la virtud sobre el vicio. Y así lo hará en toda su producción intelectual a partir del año 1867.

Aunado al papel meramente educacional y de instrucción, pretendía que con el desarrollo de la literatura nacionalista se introdujera el refinamiento y el buen gusto entre los mexicanos; las letras serían parte de aquella meta y sumarían esfuerzos con el arte y la ciencia. He aquí su función social. La elevación del nivel literario y cultural permitiría lograr tal objetivo, de acuerdo a su concepción.

En el esquema literario de Altamirano, las letras necesitaban nutrirse de temas, identidad y temperamento propios de la realidad mexicana, debían integrar el conocimiento de la historia, personajes eminentes y promover el cultivo de las lenguas indígenas, siendo así, se lograría el fortalecimiento identitario y de educación en el pueblo mexicano que se lograría a través de la afirmación de la conciencia y orgullo mexicanos.

En este sentido, hizo un llamado constante para que la producción literaria de sus colegas contara con la denominación de la utilidad. Y ¿a qué se refería con útil? A que llevara entre sus páginas un mensaje intrínseco de educación e instrucción para los lectores, de exaltación de valores y de identidad. Con este parámetro, la producción literaria superaría lo confuso para comunicar un mensaje claro. Además para que el propósito de utilidad se cumpliera, la lectura de la obra siempre debía ser amena.

José Luis Martínez opinó que “en la educación vio siempre Altamirano el mejor instrumento para la creación de una cultura nacional”. (*La Expresión*, pág. 216). Además de señalar que ciertamente no fue un narrador de la estirpe de Inclán, Payno o Riva Palacio, “porque antes que imaginativo, prefirió ser un educador y un civilizador”. (pág. 171).

En términos generales, como queda señalado, Altamirano buscó ampliar los horizontes de influencia y elevación que otorga la educación para que ésta dejara de ser un privilegio como todavía ocurría en la época.

6.2 No imitación servil

Esta es una de los principios más trascendentes de su programa y que el autor más resalta al criticar la producción literaria previa. Afirma que los escritores mexicanos todavía tienen mucho apego a esa “literatura hermafrodita” resultado de la mezcla de las corrientes francesa y española.

Desde luego, Altamirano nunca negó o descalificó la literatura de otras latitudes con la intención de enaltecer o resaltar la mexicana; por el contrario, siempre invitó -y él mismo lo hizo- a estudiar todas las tendencias literarias conocidas hasta entonces, todas las manifestaciones literarias de los clásicos y contemporáneos; conocimiento y dominio indispensables para poder crear una literatura absolutamente mexicana, como todos los pueblos la tienen y que ellos, a su vez, estudian la de otros, pero que “no fundan su orgullo en imitarlos servilmente”. (*La literatura*, tomo I, pág. 15).

El programa literario de Altamirano tenía por propósito encontrar y ensalzar la mexicanidad, lo que no quería decir un mero folklorismo o indigenismo a ultranza. Lo que pretendió fue aprender lo mejor de otras literaturas para aplicarlo a la nuestra, dándole un sentido propio, artístico y razonado. De acuerdo con Eva Oseguera en *Literatura mexicana e hispanoamericana*, “el mérito mayor del escritor fue haber logrado una lúcida exposición del programa de reconstrucción cultural, a través del restablecimiento de la literatura nacional”. (pág. 136).

Por lo que Altamirano buscaba una reinterpretación literaria aplicable a la realidad específicamente mexicana partiendo de bases clásicas En *Poesía épica y poesía lírica* de 1870, reitera el llamado a sus colegas:

“Abrid, ¡oh jóvenes poetas!, las sangrientas y gloriosísimas páginas de la historia patria, y allí encontraréis a cada paso un motivo grandioso para vuestras inspiraciones”. (*La literatura*, tomo I, pág. 275).

El llamado es para que los temas tratados debieran ser plenamente nacionales dejando atrás la imitación servil de modelos anteriores.

En este sentido, Luis Mario Schneider coincide en que “pretender la creación de una literatura original no representa cerrarse definitivamente a la cultura universal, dejar de convivir con la literatura clásica o la de su época”. (*Ruptura*, pág. 110). Fue justamente lo que Altamirano hizo.

Siguiendo estos estándares de originalidad, de no imitación, la poesía y la novela mexicanas llegarían a ser vírgenes, vigorosas y originales, como la naturaleza, además de bellas e interesantes.

Él se acercó a otras literaturas con la intención de que su experiencia de conocimiento le ayudara a fortalecer las bases de la nuestra, con ejemplos que pudieran definirla. En este contexto y con tal objetivo redactó el estudio hecho sobre Dickens, en 1869.

Una de las más fuertes fortalezas con las que contó Altamirano fue su amplia formación cultural. Basado en el principio de originalidad, formó una nueva tradición novedosa.

6.3 Misión patriótica

De acuerdo con el programa nacionalista de Altamirano, la literatura debía también cumplir otra característica igualmente trascendente: la misión patriótica, es decir, forjar la

conciencia nacional, contribuir a crear el sustento e identidad del nuevo ser, cantando las hazañas y a los personajes históricos mexicanos. Esto debido a que hacia 1868, las letras que empezaban a surgir lo hacían en un país en desarrollo que todavía no contaba con un camino literario consolidado; por ello el programa esbozado en las *Revistas Literarias de México* pretendía subsanar este vacío proponiendo un rumbo a seguir.

También relaciona el sentido patriótico con el de utilidad: "la literatura tendrá hoy una misión patriótica del más alto interés y justamente es la época de hacerse útil cumpliendo con ella". (*La literatura*, tomo I, pág. 15).

En este sentido, señalaba que el mundo se preguntaba cómo era México después de la caída del imperio de Maximiliano y pretendía, junto con su generación, responder esta incógnita con un panorama completo y fidedigno impregnado de amor a la patria.

El programa literario de Altamirano también buscaba demostrar que en el país no imperaba la barbarie de la que se le acusaba a raíz de la ejecución de Maximiliano. En este contexto, hacer literatura era cumplir con una misión patriótica del más alto valor. Habría que tomar la pluma y decir al mundo: "Así somos en México". El objetivo era cumplir con la patria pero también era reivindicar al país.

En este contexto histórico, social y literario, creía que era el momento de hacer de la literatura un arma de defensa debido a que la información con la que contaba el extranjero sobre el pueblo de México era de la etapa colonial; ahora se trataba de describir, de acuerdo con el programa nacionalista, el campo, las riquezas, los mitos y las hazañas de un ya país independiente. Historias que se podían contar a través de todos los géneros, pero particularmente, de la novela, porque "todo es accesible al genio mexicano".

Todavía hacia mediados del siglo XIX, entre el pueblo mexicano, estaba muy arraigado exaltar lo extranjero y menospreciar lo propio, tal vez por los 300 años de dominación

española. Sin embargo, con la Restauración de la República se instauró un sentimiento generalizado de patriotismo, elevando y defendiendo lo mexicano. En este ambiente emerge el programa literario de Altamirano, en medio de una atmosfera triunfalista, donde el compromiso patriótico era una necesidad.

Con su programa literario, Altamirano buscaba invertir el paradigma; pretende rescatar lo mexicano, elevarlo. Quería demostrar al mundo la calidad y el valor de lo mexicano. Así lo sintetizó: “es la ocasión, pues, de hacer de la bella literatura un arma de defensa”. (*La literatura*, tomo I, pág. 16). Aquí va implícita la misión patriótica y el sentido de utilidad de las letras.

Y ¿cómo lograrlo? Altamirano contesta: estudiando la literatura de otras épocas, países y regiones, llegando a su conocimiento y dominio para crear la propia con rasgos endémicos; trasladando a la literatura, los valores que guiaron a esta generación de escritores durante su participación en la guerra; unir el desarrollo literario junto a la práctica periodística, al teatro, al desarrollo industrial para mejorar el entorno social; conjugar el pensamiento crítico y el ejercicio de las letras.

6.4 Sentido moral

También la producción literaria nacionalista debía contener una característica imprescindible: el sentido moral. Con él, Altamirano buscaba que la literatura en general, y la novela en particular, fueran expresión moral del pensamiento y actuar de la sociedad; que no sólo la novela y las letras contaran con un carácter propio sino que además fueran herramientas moralizantes, educativas, que incluyeran aspectos pintorescos y típicos de la vida mexicana.

Así lo sintetizó: “nosotros deseamos la moral ante todo, porque fuera de ella nada vemos útil, nada vemos que pueda llamarse verdaderamente placer”. (*La literatura*, tomo I, pág. 37).

Y añade ¿por qué no reunir el encanto a la moral? Y se responde: porque no se necesita del vicio para que las historias sean interesantes. En efecto, en sus novelas posteriores, habrá de imperar la virtud sobre el vicio.

En este orden de ideas, José Luis Martínez señala que Altamirano consideró en el orden de sus ideas literarias “el rango más elevado una especie de belleza moral que sirva y defienda a la patria –según sus creencias liberales y su particular doctrina nacionalista-, y subordina a este concepto todas sus demás valoraciones”. (*La expresión*, pág. 186).

Es entendible que anteponiendo los valores universales a los intereses particulares, buscara el contenido moral en la nueva producción literaria. Su labor como escritor corrió a la par de su compromiso como educador.

6.5 La novela como libro de las masas

De esta forma, la novela, como género, tuvo en nuestro país como objetivo fundamental crear conciencia nacional, a través de la exposición de ideas políticas, de episodios históricos y de la descripción de bellezas naturales. Así mismo, se propuso copiar los cuadros de la vida social, rescatando el sentir, el pensar y el modo de actuar de los mexicanos, es decir, recrear su realidad.

Para el autor guerrerense, la novela era la herramienta literaria de mayor utilidad para lograr la instrucción de las masas; además de que empezaba a ocupar un lugar importante en la producción literaria y su aceptación iba en incremento.

Además de ser conocida como el “monumento literario del siglo XIX”, la novela estaba llamada a “abrir el camino a las clases pobres para que lleguen a la altura de este círculo

privilegiado (el letrado)". (*La literatura*, tomo I, pág. 39). Altamirano la consideraba como el elemento activo de educación por la facilidad que ofrecía para transmitir ideas.

Por ello, calificaba a la novela como el "mejor vehículo de propaganda". De acuerdo al programa nacionalista, era la herramienta idónea para llevar a la sociedad hacia la culturización y para lograr la nivelación de clases.

En este sentido, el desarrollo de la imprenta y el crecimiento de la industria editorial a partir del movimiento de independencia, fue la condición para que en años posteriores se hablara de la consolidación de la novela como la forma ideal para los fines nacionalistas. Catalogó a la novela como el género inigualable de educación popular.

6.6 Contribuir a la mejora de la sociedad mexicana.

Tal vez esta sea la meta más subjetiva de su programa nacionalista, pero entendible. Idealmente de cumplirse todas las condiciones previas, mejorarían los valores de la sociedad. Altamirano le apostaba a que la literatura, en general, y la novela, en particular, deberían equipararse en calidad con el ejercicio periodístico profesional, el teatro, el desarrollo industrial o el avance de las comunicaciones; todo en su conjunto, cooperaría con la "mejora de la humanidad y a la nivelación de clases por la educación y las costumbres". (*La literatura*, tomo I, pág. 30). Considerando estos últimos parámetros, bien podría medirse el nivel de vida y cultura de los mexicanos, lo que hace a este objetivo menos subjetivo.

De esto se desprende que Altamirano no daba a las letras la cualidad avasalladora de transformación para la sociedad, sino que éstas deberían ser un eslabón de la larga cadena que contribuyesen a este propósito, dado que las condiciones materiales, educativas y culturales de la mayor parte de la sociedad eran precarias. Junto al desarrollo de la ciencia, del arte, de la economía, del desarrollo, en general, las letras sumarían a tal propósito.

Para él este no era un objetivo meramente idealista; es bien sabido que para entonces entre la población mexicana imperaba el analfabetismo. No se podía entender una evolución y consolidación natural sin elevar el nivel de instrucción. Lográndolo, de acuerdo con Altamirano, se estaría contribuyendo a mejorar el nivel de vida de los mexicanos.

Por tanto, hace hincapié en el aspecto social de la literatura, como un ingrediente fundamental para alcanzar la meta nacionalista arriba enumerada. Para él, la literatura genera cultura, es cultura, y por lo tanto, es capaz de pulir, edificar y construir. Altamirano parece no haber llegado a esta conclusión sin analizar antes la contribución que las letras pueden hacer a la evolución de la conciencia nacional.

Para el grupo de escritores de corte nacionalista, la tarea de conquistar una expresión propia y autónoma era labor de primer orden, pues entendían a la literatura como una herramienta que debía servir a la patria.

Veían a la escritura y a la literatura no como actividades independientes sino supeditadas a razones educativas, morales y patrióticas; pretendían demostrar que México era un país civilizado tanto como cualquier otra nación europea. “La lucha por la concreción de una literatura nacional respondía también a la necesidad de hacer un alcance al concepto de progreso occidental”. (*Lectores*, pág. 364).

Resumidas las características específicas de la concepción literaria nacionalista de Altamirano, se puede concluir que, de acuerdo con su programa, expresado en las *Revistas Literarias de México*, la orientación nacional de las letras y su calidad literaria darían como resultado un binomio perfecto con el que se cumpliría el objetivo trazado.

7. El nacionalismo: un movimiento literario visible

Hacia 1868 comenzó a cristalizarse un proyecto literario-cultural en nuestro país; gracias a que existía un espíritu creciente de optimismo entre las clases letradas. La visión de Ignacio Manuel Altamirano logró dar un nuevo, vigoroso y definitivo empuje a la producción artística, en general, y a la narrativa, en particular. Gerardo Bobadilla, lo llama:

Continuador de la tendencia a la mexicanización de la literatura emprendida por la Academia de Letrán, e instaura y desarrolla entre sus contemporáneos una conciencia literaria nacionalista basada no necesariamente en la elección temática, sino en la revaloración ético-estética de la realidad lingüística y socio-cultural concreta de México, sin dejar por eso la apropiación y reelaboración de modelos extranjeros. (*Estudios*, pág. 34).

Durante los primeros 80 años del siglo XIX y en particular a partir de la Academia de Letrán (1836), la mayoría de los escritores de esta centuria se caracterizaron por crear, argumentar y sustentar un movimiento y una literatura profundamente nacionalista, integrada por tradiciones y paisajes regionales que se acentuaron y definieron con la defensa que hizo Altamirano del nacionalismo literario.

Estaba plenamente convencido de que hacia 1868 existía un “movimiento literario visible” que tenía por sustento el nacionalismo en las letras, concepción literaria que defendió a capa y espada a partir de las *Revistas Literarias de México*, -como ya vimos-, y hasta su muerte. Llegó también a esta conclusión al analizar las obras que para entonces se estaban publicando y en la evolución histórica de la producción literaria.

Durante el perfilamiento de este “movimiento literario visible”, Altamirano fundamentó la necesidad de una literatura propia consolidada. Bajo los auspicios de la paz, quienes cultivaban las letras se estimaban y estaban unidos por el lazo fraternal de una afición compartida, por el estudio “de lo bello”, como él señalaba. Así sintetiza y argumenta la trascendencia del nacionalismo en las letras:

Y serían insensatos los que pretendieran que de aquellas reuniones (las veladas literarias) no resultó un adelanto positivo en los trabajos intelectuales de México. Podría reconocerse, en la abundante bibliografía con que se enriqueció la publicidad en los años próximamente posteriores al de 1868, el influjo de aquel movimiento amistoso y eficaz. (*La literatura*, tomo II, pág. 56).

En este contexto, Luis Mario Schneider, afirma que:

De allí que en México, siempre se hable de Altamirano como del maestro, quien si bien no fue el primero en asentar las bases ideológicas de la literatura nacional, lo fue en cuanto consiguió conjugar el pensamiento con el ejercicio. Logró hacer de la teoría un cuerpo orgánico y en la práctica aportó su propia creación, posibilitó la publicación de obras de poetas, novelistas y ensayistas, en las revistas, y en los periódicos que dirigió; escribió además prólogos y alentó con su crítica y en sus crónicas todo escrito, todo círculo en el que descubría adictos a su misión. (*Ruptura*, pág. 80).

El renacimiento de la literatura de estos años fue observado como un síntoma del progreso y desarrollo para la patria. Pedro Santacilia, en su publicación *Del movimiento literario en México*, llega a dos conclusiones; primera, que el restablecimiento de la República trajo consigo, de manera natural, el renacimiento de la literatura y segunda, que basta analizar el movimiento literario de 1868 de manera imparcial para comprender que el país había entrado en su periodo de reconstrucción y que contaba con notables elementos de progreso para el porvenir. (pág. 91).

El “movimiento literario visible” al que se refirió Altamirano en 1868, sirvió como sustento para la publicación de sus *Revistas Literarias de México* y fue una prueba de que las condiciones materiales del país habían cambiado y dieron pauta para proponer y definir el rumbo literario que tomaría México.

Hacia 1883, 15 años después de haber iniciado el referido movimiento literario, en otra de sus publicaciones, *Revista Literaria y Bibliográfica*, Altamirano resumirá así su movimiento literario:

En los primeros días del triunfo completo de la República, esto es, en 1868, el cansancio mismo que había causado la lucha por tan largo tiempo sostenida en todo el país, el hastío que producían las cuestiones políticas y el anhelo por buscar el esparcimiento del ánimo y la distracción en tareas agradables, hicieron que los antiguos cultivadores de la literatura y una juventud inteligente y ávida de estudio y de gloria, buscaran de común acuerdo el terreno literario para declararlo un campo neutral en que contendiesen pacíficamente todas las aptitudes y todas las opiniones”. (*La literatura*, tomo II, pág. 10).

Así mismo, en uno de los apartados de su *Revista Literaria y Bibliográfica*, publicada también en 1883, señaló que además del desarrollo literario logrado en años previos, se alcanzó el desarrollo de las ciencias morales y políticas, de las ciencias exactas y naturales; avances científicos y literarios que fueron posibles a partir de la Restauración de la República y que se vieron interrumpidos décadas atrás por los movimientos armados.

Hacia los inicios del “movimiento literario visible”, 1868, estaba consciente de que el cultivo de la novela en México, estaba en su fase de infancia y reconocía a José Fernández de Lizardi como su precursor, a quien califica como el “patriarca de la novela mexicana”. Altamirano inició su recorrido histórico con el análisis de *El periquillo sarniento* (1816), obra a la que cataloga como la primera novela nacional, cuyo mérito fue retratar fielmente las escenas de la vida mexicana, examinando diversos vicios y virtudes de la sociedad.

A partir de esta publicación hubo un largo paréntesis sin publicaciones relevantes, de acuerdo con Altamirano, se hizo a un lado la novela debido a que toda la actividad estaba consagrada a lo político.

Después habría de publicarse, por entregas, en los años 1845-1846, *El pistol del diablo* de Manuel Payno, en la *Revista Científica y Literaria*, reflejo también de la sociedad mexicana, pero con una estructura y un estilo muy cuidado y ameno que le llevó a una gran popularidad. A diferencia de Lizardi, Payno fue discípulo de una escuela literaria y diplomático

Después de *El fistol*, hubo otro paréntesis. Hasta que apareció hacia 1850, Fernando Orozco y Berra con su *Guerra de treinta años*, historia de vida del autor.

Continuará Florencio María del Castillo con *El cerebro y el corazón*, *La corona de azucenas*, *¡Hasta el cielo!* y *Dolores ocultos*, todas historias de amor, publicadas a mediados de siglo. Altamirano lo llamó “el novelista de más sentimiento que ha tenido México”. En 1851, con *Ironías de la vida*, Pantaleón Tovar publica una novela de costumbres populares que supone el estudio social.

Hacia 1857, Juan Díaz Covarrubias sacó sus ensayos de carácter social y José Rivera y Río, escribió novela social, por ejemplo, *Pobres y ricos de México*. Posteriormente Nicolás Pizarro, en 1861 publicó *Monedero*, en la que retrata costumbres mexicanas.

Todas estas publicaciones vieron la luz antes de la Restauración de la República. Luego ya iniciará el movimiento literario del que Altamirano se sentirá orgulloso y confiado.

La primera publicación en la etapa de paz, en 1868, fue *El Cerro de las Campanas* de Juan A. Mateos, novela histórica que hace alusión al derrocamiento de Maximiliano de Habsburgo; fue recibida con avidez por el público. Primer obra nacional en la República Restaurada.

En el mismo año se conoció *Calvario y tabor* del general Vicente Riva Palacio, novela histórica que relata algunos de los acontecimientos que tuvieron lugar durante la intervención francesa. También en 1868, publicará *Monja y casada, virgen y mártir*, de contenido histórico, cuyos relatos fueron extraídos de ciertos archivos de la Inquisición a los que el autor tuvo acceso.

Aparecerán enseguida *Una rosa y un harapo*, de José María Ramírez; *Las flores del destierro*, de José Rivera y Río; *Álbum fotográfico* de Hilarión Frías y Soto; la *Conversación del domingo* de Justo Sierra; *Glorias nacionales*, ilustrada por Constantino Escalante y *El*

Semanario Ilustrado por José Tomás de Cuéllar. Todas estas obras son enumeradas por Altamirano para demostrar que dichos escritores imprimieron a sus obras un sentido útil y un carácter propio. Es decir, los elementos nacionalistas que él defendía.

Todo este material fue publicado antes de la aparición de las *Revistas Literarias de México*. Después siguió *Martín Garatuza* también de Riva Palacio y *El tálamo y la horca*, de Enrique Olavarría.

En este panorama, Altamirano registraba una “revolución grandiosa en la literatura”, porque la prensa ya no sólo publicaba literatura extranjera sino que imperaba la nacional, es decir, que:

los folletines estaban llenos de artículos literarios, la política abría campo en sus “diarios” a las inspiraciones de la poesía, las prensas se agitaban constantemente dando a luz novelas históricas y estudios filosóficos, tres o cuatro periódicos aparecían consagrados directamente a la literatura”. (*La literatura*, tomo I, pág. 217).

Este fenómeno desafortunadamente no lo vemos hoy en nuestros diarios.

Como se puede constatar en las líneas anteriores, el “movimiento literario visible” al que se refirió Altamirano existió y juzgó en él el momento idóneo para consolidar las letras mexicanas. Ciertamente es que su periodo de auge fue en los años posteriores a su inicio; sin embargo, no es posible establecer una fecha de caducidad, pues, incluso, en Ángel del Campo se encuentran todavía manifestaciones de esta concepción literaria.

En este sentido, para el estudioso español, Gerardo Bobadilla, “la etapa nacionalista es el periodo más fructífero –cualitativamente hablando– de la narrativa decimonónica”. (*Estudios*, pág. 35).

En síntesis, Altamirano, con su movimiento literario nacionalista se apropió de los discursos y productos culturales con el propósito de reconstruir la identidad mexicana. 1868, fue un año decisivo y fructífero para el restablecimiento de la actividad literaria y la

producción de obras. Como lo apreció Altamirano en las primeras líneas de *Revistas Literarias de México*, a la sombra de la paz social, la literatura se abrió paso. Y fue el momento decisivo para alentar las bellas letras y definir el camino a seguir. Así surge su propuesta nacionalista.

7.1 Periodo de auge del nacionalismo

De acuerdo con Belem Clark, la etapa nacionalista de las letras corre de los años de 1867 a 1875; siete años, en los que no hubo más juicio literario que el nacionalista; fue su periodo de dominación y protagonismo. Sin embargo, para José Luis Martínez y Alicia Perales, este periodo se extiende hasta 1889, cuando Altamirano deja el suelo mexicano para viajar a Europa. Hacia la década de los 80, todavía se registra la proliferación de revistas literarias y un notable incremento en la producción de libros, tanto de creación literaria como de estudio sobre temas nacionales; también siguen existiendo las agrupaciones literarias.

Durante estos años, el Liceo Hidalgo, la asociación literaria de más larga vida, tuvo por presidente a Altamirano durante el periodo 1872-1882; siendo él la cabeza y guía que fomentó la interpretación nacional de la literatura; fue el centro más animado de la vida cultural de México. También por estos años, se restableció la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística con enorme fuerza y prestigio; organizó su propio acervo bibliotecario y alentó la colaboración de otros tantos escritores de renombre. Altamirano fue un elemento activo de esta asociación.

Bajo los auspicios del florecimiento literario iniciado hacia el año de 1868, éste se fue arraigando en el curso de los años siguientes. De acuerdo con Carlos González Peña en su *Historia de la literatura mexicana*, en los años posteriores:

Todos los géneros prosperaron, la historia alcanza desarrollo y esplendor sólo comprables con los que alcanzara en pasados siglos: realízanse importantes

trabajos de investigación y síntesis. Son los novelistas de este periodo los que por primera vez aciertan en dar a la novela, en forma artística, una íntima fisonomía nacional. Aparece la crítica. Regístrase, en el periodo de 1870 a 1880, un activo movimiento teatral nunca antes conocido. (pág. 185).

Sin duda, el nacionalismo fue una corriente cultural y literaria latente e importante en la década de los 80; con dos décadas de presencia protagónica. En su *Revista Literaria* de 1883, Altamirano se refería así al movimiento literario que inició en 1868:

Por más que el movimiento literario en México no sea hoy tan activo como en otro tiempo, es indudable que él existe y revela de cuando en cuando que no todo trabajo se encamina al desarrollo puramente material. (*La literatura*, tomo II, pág. 67).

Pese al cambio de condiciones materiales y económicas, Altamirano, en la década de los 80, seguía argumentando y defendiendo el valor educativo, moral y patriótico de su actividad literaria ya que “no todo trabajo se encamina al desarrollo puramente material”. Su papel pedagógico siempre se mantuvo.

Luis Mario Schneider, se refiere así a la etapa de vigencia del romanticismo, en general, y del nacionalismo, en particular:

El debate romántico no se hizo de un jalón. Transcurrieron años en irse completando, a pesar de que la época copiosa de las teorizaciones se inserta inmediatamente después del fusilamiento de Maximiliano. Todavía en la década del 80, cuando comenzaba a presentirse el modernismo, se discutían los mismos problemas, solamente que con menos bríos, quizá con menos valentía, quizás también porque algunos de los más fogosos habían muerto, otros estaban fuera del país y el resto formaba parte del *establishment*. (*Ruptura*, pág. 113).

De lo anterior podemos concluir que la tendencia nacionalista surgió como resultado de una necesidad cultural cuando el país necesitaba un elemento de cohesión e integración. Qué mejor herramienta de unificación que resaltar los valores inherentes a lo mexicano, haciendo un recorrido histórico para crear y consolidar una literatura nacional. El cambio literario se

concretó con la difusión de los nuevos géneros literarios, tanto de la novela, como de la crónica, promovidos a partir de *El Renacimiento*.

Estaba convencido de que México sólo podría fortalecerse por el retorno a su propia esencia y defendió este postulado a lo largo de dos décadas. Su observación y descripción del ambiente mexicano y su invitación a replicarlo hacen que esta concepción literaria lograra un grado de aceptación y promoción que se mantuvo latente a lo largo de 20 años.

Cierto es que en los planteamientos nacionalistas de Altamirano, existe una imbricación de su ética política y de su ética moral, pero de acuerdo con Jorge Rueda de la Serna:

Esto no es censurable ya que los intelectuales de la República Restaurada fueron actores en las luchas militares e ideológicas que se habían librado antes, por lo que les resultaba muy difícil, en el momento de evaluar la producción literaria, deslindarse ellos mismos de su posición política. La moral republicana se convertía en una aspiración superior para la construcción de la patria”. (*Historiografía*, pág. 101).

Siguiendo la visión de José Luis Martínez, es gracias al programa nacionalista que “la literatura, el arte, la ciencia, la historia se cultivan con laboriosidad y entusiasmo singulares”. (*La expresión*, pág. 35). Porque Altamirano convocó tanto a hombres de estudio como a los artistas que se sumaran a definir la identidad del país.

7.2 Necesidad histórica

Ignacio Manuel Altamirano respondió a las necesidades literarias del periodo histórico que le tocó vivir. A partir de sus *Revistas Literarias de México* dejó asentado un programa encaminado a que nuestras letras llegaran a ser auténticamente nacionales y originales, a que contribuyeran con la formación de la conciencia cívica y a rescatar las tradiciones propiamente mexicanas. Este fue el elemento de cohesión cultural que el país necesitaba.

Llegó al convencimiento de que las letras, artes y ciencias para llegar a ser expresión real del pueblo mexicano, necesitaban nutrirse de nuestros temas, temperamento, costumbres,

paisaje y realidad. Por tanto, era imprescindible que la literatura contara con aquel “color local” que definiera y engrandeciera lo propio.

Estaba consciente y preocupado por cumplir con la tarea histórica que se impuso: ser un impulsor y difusor de la creación literaria mexicana, así como, dejar un registro de su quehacer literario a las futuras generaciones.

De acuerdo con la visión de Altamirano, si la literatura seguía el camino de lo nacional, llegaría ser una de las formas de la independencia nacional, el objetivo general, pues México apenas iniciaba su vida como nación independiente.

El mérito histórico de esta concepción fue haberse enfrentado a lo más difícil de un periodo literario: iniciarlo y plantear sus problemas. De acuerdo con José Joaquín Blanco en su *Crónica literaria*, Altamirano “es el primer autor que se exige la universalidad, y no sólo así mismo, sino a la nación”. (pág. 50). Buscaba que la Nueva España se quedara en la historia para que resurgiera México con todo su potencial.

Veinte años después de la publicación de *El Renacimiento*, es decir, en 1889, la vigencia del programa nacionalista exhaló sus últimos alientos y se consolidaron los primeros rasgos materiales de un cambio de orientación estética. En este año, Altamirano fue nombrado cónsul general de México en España. Y llegaría la nueva generación que, una vez realizada la afirmación nacionalista, intentaría conquistar la libertad y una nueva universalidad artística.

Para algunos estudiosos actuales como Elías José Palti, el programa literario de Altamirano fue propagandístico. En su obra *La invención de la legitimidad*, cuestiona la calidad intelectual y moral del escritor. Altamirano tuvo sus propias contradicciones humanas, políticas y literarias; tal vez, una de las más evidentes fue haber publicado su programa nacionalista en un periódico español. Sin embargo, no me parece que ello demerite

o invalide su programa literario y su compromiso con el desarrollo cultural del país, objetivo final.

En cambio, José Joaquín Blanco sintetiza así el mérito del escritor:

La obra de Altamirano es casi todo su tiempo y, parafraseando a Quevedo, podría decirse que quien lo ha leído a él ha leído también a todos los mexicanos de su siglo. Y algo más: la experiencia de un reto cultural que sólo rara vez ha conocido relevo. (*Crónica*, pág. 51).

El sentido nacionalista de las letras mexicanas fue el resultado de una necesidad histórica que tocó a los escritores de este periodo debatir. Y Altamirano usó su conocimiento intelectual para orientar y delimitar nuestras letras. Anhelaba que la literatura fuera manifestación fiel de lo mexicano y un elemento activo de integración cultural puesto que el pueblo había vivido en la zozobra por la etapa política y bélica previa.

7.3 Impacto real nacionalista

Las veladas y las *Revistas Literarias de México* fueron los antecedentes inmediatos para el surgimiento de este proyecto cultural. Se ha analizado ya el cuerpo y momento histórico de los planteamientos literarios de Ignacio Manuel Altamirano. En este apartado, se abordan los resultados objetivos y reales del alcance nacionalista.

La literatura producida durante la segunda mitad del siglo XIX, especialmente de los años que van a de 1868 a 1889, integró la voluntad de los escritores mexicanos, que a través de un profundo esfuerzo lograron la definición de lo nacional en nuestra literatura. Y fue, Altamirano, la figura protagónica del mérito literario de la época y el intelectual que se echó a costas la tarea y la responsabilidad de proponer y justificar qué camino habrían de seguir las letras mexicanas en un país que logró su independencia política en 1821 pero que fue hasta 1867 cuando se definió como República, después de variados enfrentamientos bélicos en los que pugnaron diversas posiciones ideológicas.

Es indudablemente que esta corriente tuvo un alto impacto en la vida cultural de la época. Fue antesala necesaria e inevitable de apertura y el tema literario latente alrededor de dos décadas y cuando la sociedad sintió forjada su identidad, quedando atrás las barreras de la colonia, entonces México se pudo abrir al mundo y expandir sus horizontes, también los de las letras.

La interpretación literaria que resultó de la sensibilidad del Altamirano escritor ante una situación histórica específica que ponía a México, ahora sí, en sus primeros pasos como país independiente, fue una forma de reflexión, un anhelo de integración, una concepción en la que impera ante todo lo social, es decir, la definición de la nación vista desde la óptica cultural.

Su papel como observador e intérprete del fenómeno literario, su capacidad de análisis y su urgencia por consolidar una literatura propia, tal vez lo hayan llevado a perder objetividad y darle un sesgo a su programa de acuerdo con su ideología. Sin embargo, él mismo reconoció este tema como su pasión y su posible e involuntaria parcialidad.

Siempre argumentó que el único camino que podían tomar las letras mexicanas después de haberse logrado la República Restaurada era el camino nacionalista, pues eran los años primeros del México independiente que tenía mucho por hacer y rumbos por definir dado su carácter de nación en vías de definición.

Pese a su convencimiento nacionalista, una cosa fue el programa, otra las circunstancias y otra más el alcance.

Algunos de los factores no favorables al programa fueron los diferentes niveles de alfabetización, el distinto tamaño de las comunidades lectoras, el poco o nulo desarrollo económico, cultural y social al interior del país.

En *De la poesía épica y poesía lírica* de 1870, Altamirano inicia haciendo un análisis sobre el progreso de las letras iniciado tres años atrás. Aunque reconoce un avance, señala que “no mucho” y enumera tres obstáculos: la falta de protección de parte de un público poco lector, la falta de elementos para estudiar y publicar y la brevedad del tiempo, insuficiente para dar esplendor a las letras. Limitantes que hicieron lento el progreso literario. Y reconoce que el desaliento lo abate a veces. En sus palabras:

El esfuerzo individual solo, es las veces más impotente; necesita de la cooperación social y no la hemos tenido; no culpamos por ello a nadie. Demasiado comprendemos que es un mal inherente a nuestro carácter y a nuestra situación especial. Como la mayoría del pueblo mexicano no sabe leer. (*La literatura*, Tomo I, pág. 230)

Después de analizar que la minoría de la población es la que sabe leer y que de ella, la inmensa mayoría se conforma con lo aprendido en la escuela o solo sabe lo indispensable para vivir o porque no cuentan con los recursos para comprar un libro concluye que “¡la centésima parte de esa minoría es, pues, la única que sostiene las publicaciones!” (*La literatura*, Tomo I, pág. 230).

Por lo que materializar el programa altamiranista de instrucción social a través de las letras, hizo falta mucho más que un esfuerzo literario; hubiese sido necesario la aplicación de un programa íntegro, igualmente ambicioso en el que participaran todos los sectores de la sociedad y del gobierno. La falta de desarrollo económico en un país recién independizado fue, tal vez, la mayor limitante. Me parece que las condiciones materiales no eran equiparables a la visión del proyecto.

Posiblemente todavía se siga cuestionando la legitimidad y sustentabilidad del programa y sus propuestas, juzgando sus planteamientos como utopía, un anhelo más que una realidad en la cultura mexicana. Sin embargo, ello no significa que su programa literario no haya

tenido justificación. La formación ética y moral de Altamirano lo llevaron a adoptar tal criterio.

Estaba convencido de que toda la literatura escrita en la década de los 80, había recibido un impulso poderoso del movimiento literario de 1868 iniciado por él, aunque reconocía que para entonces se cultivaba por esfuerzos individuales pero aún se seguían resaltando los valores mexicanos. Así, el nacionalismo, definió dos vertientes: la novela histórica y la novela de costumbres.

Entre sus méritos está el haber constituido la historia de la literatura de nuestro país durante el lapso de 1821-1867, inaugurar sus trabajos históricos-critico-literarios, iniciar el ejercicio autónomo de la literatura y la posibilidad de desarrollar la profesionalización literaria. Además fue el escritor pionero que practicó la historia y la crítica literaria.

Su programa fue un ejercicio crítico, en el que apostó por la originalidad y estableció una temática y estética ideal; en él permeo la idea del progreso, de mejora y evolución.

En algunas de las líneas de la obra referida se puede percibir un desencanto por parte de su promotor, ante la imposibilidad real de la aplicación de su programa: “la literatura, que había comenzado a andar vigorosa, dio un paso atrás desconsolador y hubo un periodo en que todo permaneció estacionario” (*La literatura*, Tomo I, pág. 233).

Altamirano juzgó en su programa la panacea para lograr en México un cambio cultural íntegro. Apostó por una literatura bajo función social. Sin embargo, la realidad superó al discurso. Aunque continuó haciendo llamados y defendiendo sus ideas, el entorno no fue el más favorable.

En este sentido Vicente Quirarte precisa que Altamirano “no logró cuanto quiso pero fue el primero en sistematizar -teórica y prácticamente- el anhelo de una literatura propia”. (*Ignacio*, pág. 11).

8. Vislumbramiento del Modernismo

En su obra *Narrativa del siglo XIX: lecturas y relecturas*, Adriana Sandoval, señala que “las corrientes literarias (...) no inician y terminan de manera tajante: se traslapan unas con otras, conviven y muchas se resisten a desaparecer, se transforman, adoptan nuevos avatares”. (pág. 7).

Así es como empiezan a convivir en los años de la década de los 80, la fase final del nacionalismo y los primeros albores modernistas. El propio Altamirano, en su *Revista Literaria* de 1883, ya visualizaba los primeros destellos de las nuevas condiciones literarias. Así lo dejó asentado:

A pesar de la preferencia que se da en estos momentos a las ocupaciones de la vida industrial, a las ideas que tienden a la mejora y fomento de nuestra agricultura y minería, (...) hay ciertos espíritus que sin desdeñar ese movimiento progresista y que va por otro camino al mismo fin, que es la civilización de nuestro país, gustan de consagrarse con predilección a las tareas literarias. (*La literatura*, tomo II, pág. 67).

Continúa desarrollando esta idea:

Así pues, entre el ruido que producen los ferrocarriles y las empresas de todo género que reclaman diariamente la atención pública, suelen deslizarse algunas noticias que interesan especialmente a los amantes del estudio, a los que creen que también en el campo de las letras hay nuevas vías que seguir, terreno que sembrar y frutos que recoger. (*La literatura*, tomo II, pág. 67).

Pese al cambio de condiciones, Altamirano continuó con su labor educativa y lamenta que en el extranjero, tanto en Europa como en Sudamérica, solo haya una idea vaga del movimiento literario mexicano iniciado en 1868, y decide retomar la tarea de comentar y enumerar algunas publicaciones mexicanas, resaltando los libros consagrados a la instrucción primaria “debido a que los trabajos útiles a la educación popular son los que merecen el puesto de honor en el dominio de la literatura”. (*La literatura*, tomo II, pág. 70).

El propio Manuel Gutiérrez Nájera, iniciador modernista, al referirse a la literatura nacionalista señaló que ésta había sido necesaria en un momento en que México necesitaba “revivir, conservar o enaltecer en los ánimos los sentimientos patrios”. Pese a que también la juzgó limitada, en 1885, defendió la necesidad de que la producción literaria mexicana abriera ya sus horizontes. Hacia 1887-1888 se manifestó el cruce de dos épocas y sensibilidades y los primeros indicios serios del surgimiento de una nueva generación; se percibía ya una separación y el anhelo de los jóvenes escritores de emprender solos una nueva aventura literaria.

Así lo sintetiza José Luis Martínez:

Desde años atrás, se advertía un decaimiento del entusiasmo creador de los primeros años y el nacionalismo comenzaba a volverse pintoresquismo y color local. Pero al mismo tiempo y de una manera sutil se iba insinuando y adquiriendo coherencia una nueva estética. (*La expresión*, pág. 76).

Para esa nueva época literaria, los hechos políticos no tienen sobre el nuevo escritor aquella rigurosa dominación e influencia que sí habían determinado a los escritores de corte nacionalista. Los modernistas ya no participan del proceso político que definió al país hacia finales del XIX, como sí lo haría la generación literaria anterior. Las condiciones sociales, políticas y económicas habían mejorado no sólo para la vida del país, sino también para el propio escritor, pues mucho había mejorado su posición social hacia finales del siglo XIX.

En esta nueva generación literaria, habrían evolucionado dos características que determinaron a la generación nacionalista: primero, la participación directa en el proceso político del país y segundo, la no remuneración económica por sus escritos publicados en diarios.

Fue Gutiérrez Nájera el primer escritor que logró subsistir de su pluma, ejerciendo su talento literario en varias crónicas políticas, sociales y culturales. Aunque no estuvo ligado

directamente a la política. Fue él quien denominó a Altamirano como el “presidente de la República de las Letras”. Tal fue su mérito reconocido por una de las figuras centras de la posterior corriente literaria.

Víctor Barrera al analizar la historiografía literaria mexicana precisa que es común señalar que la crítica literaria solo se dio a partir del modernismo, sin embargo, “el desarrollo de la crítica modernista sólo fue posible gracias a la existencia de un ensayo anterior...libre ya de cadenas políticas”, el nacionalismo. (*Lectores*, pág. 388).

La trascendencia de la figura de Altamirano fue tal, que Rubén M. Campos, integrante ya de la generación modernista, en su obra *El bar. La vida literaria de México en 1900*, recuerda la confirmación del Liceo Altamirano, como evolución del Liceo Mexicano, un reconocimiento al valor literario del escritor guerrerense y dirigiéndose a él como al “maestro”.

Constituyó la historia de la literatura de nuestro país durante el lapso de 1821-1867 e inauguró sus trabajos históricos-crítico-literarios, además de iniciar el ejercicio autónomo de la literatura y la posibilidad de desarrollar la profesionalización literaria.

Hacia finales del siglo, la literatura dejaría de cumplir un rol capital como el que tenía para Altamirano; ésta ganaría autonomía, pero a costa de invalidarse la función social del intelectual humanista. (*Lectores*, 2010, pág. 370).

9. Conclusiones

Considerado como el maestro de las letras nacionales, por el propio Manuel Gutiérrez Nájera, Ignacio Manuel Altamirano jugó un papel trascendental en la concepción, definición y formación de la literatura mexicana del siglo XIX. Su multifacética actividad intelectual y política, reunida en 22 tomos por la Secretaría de Educación Pública, le llevaron a asumir por sí mismo un compromiso social en todos los campos en los que desarrolló sus ideas, particularmente, en el terreno de las letras. Sus habilidades y formación, lo llevaron a cuestionar su entorno literario y a argumentar su propuesta. Tal vez estas razones basten para explicar por qué después de siglo y medio siga siendo considerado como el maestro de las letras mexicanas.

Probablemente de los rasgos personales que más llaman la atención de la figura de Altamirano y de los que siempre se manifestó orgulloso fueron sus raíces indígenas, seguramente uno de los antecedentes más fuertes que le llevaron a defender, argumentar y cultivar los valores nacionales.

En las *Revistas literarias de México*, Altamirano expuso sus ideas sobre literatura, sobre el papel que debía cumplir, sobre su utilidad en la instrucción de los mexicanos. En el cuerpo de esta publicación encontramos la respuesta a las interrogantes sobre ¿qué fue lo que entendió por literatura nacional?, ¿qué buscaba?, ¿en qué sustentaba sus argumentos?, el ¿por qué?, y el ¿para qué? de la literatura nacionalista.

Hacia 1868, la situación material del país exigía un impulso reconstructor. El nacionalismo literario fue una herramienta para lograr la integración del pueblo mexicano y, por ende, Altamirano dio a las letras la función de complemento para tal objetivo. De ahí, su fusión y justificación.

El propósito fundamental del autor fue construir literariamente a la nación mexicana, al no existir una conciencia sistematizada e integrada sobre lo nacional. Sus acciones las inspiró en los hechos de su vida. Su empeño por construir el país fue la meta que lo movió.

La crítica que ejerció Altamirano contribuyó a la historia de nuestras ideas literarias y nacionales. Su firme concepción sobre la necesidad de crear una literatura nacional, lo llevó a motivar a sus contemporáneos para que tomaran la pluma y delimitaran el perfil de la patria, desmintiendo las descripciones hechas por los extranjeros.

Fue tal su preocupación y ocupación por apoyar y alentar la naciente literatura que Altamirano buscó fomentar el sentimiento de pertenencia a un todo, ese todo fue México, como nación independiente. Ejemplo de ello, fue *El Renacimiento*, la revista literaria y cultural más trascendente del siglo; que logró superar la inmediatez de los intereses individuales, además de ser el primer intento para que la literatura fuera una actividad independiente y profesional. En esta publicación, empleó todo el vigor de sus convicciones literarias en la construcción de una nación independiente. E incluso, hizo uso de sus haberes de guerra en las labores de las letras y el periodismo.

En este contexto, el autor de las *Revistas Literarias de México* creyó en la bondad de escribir y plasmar las nuevas ideas para que la literatura llegara a ser un elemento esencial, como grado máximo de la cristalización de la existencia de una nación. Su preocupación y ocupación por apoyar y alentar a la naciente literatura mexicana lo llevaron a subordinar su talento artístico a la labor educativa y literaria con el propósito de resaltar la grandeza del país.

También fue la figura literaria que sirvió de puente entre dos generaciones, es decir, entre la primera generación romántica y la modernista. Está catalogado como uno de los más grandes escritores de su tiempo, en el que imperó la ponderación, el criterio y el equilibrio.

De las ideas expuestas en el presente trabajo, me atrevo a concluir que, el nacionalismo literario fue la consecuencia necesaria de la etapa política y social que vivió el país en años previos y el antecedente obligado y necesario para que surgiera una nueva corriente estética. Es decir, que sin nacionalismo, el Modernismo mexicano hubiera surgido con diferentes parámetros estéticos o, tal vez, hubiese sido llamado de otra manera. Primero fue necesario reforzar los valores internos, para que con ayuda del desarrollo y crecimiento económico México abriera sus horizontes literarios.

¿Por qué llego a tal conclusión? Porque para que la nueva corriente estética hubiese encontrado tierra fértil y condiciones para desarrollarse, asentarse y expandirse, fue necesario que antes se definieran las letras mexicanas; que se hablara literariamente de los valores más específicos de la realidad nuestra; que fuera la literatura, en su sentido más general, un reflejo de la sociedad en la que se produjo.

Sin la definición previa de lo mexicano, nuestras letras no hubiesen estado en condiciones de abrirse al mundo, antes tuvieron que tomar forma. El nacionalismo fue la condición necesaria y complementaria para el surgimiento de las nuevas condiciones literarias. Por ello, me parece relevante rescatar el programa literario altamiranista que le dio a nuestras letras un trasfondo local que le otorgó a su vez propio carácter.

La literatura nacionalista asumió una misión histórica: forjar la conciencia de lo nacional, contribuir a crear el sustento e identidad de la nueva realidad mexicana. Este enfoque permitió la evolución de las letras mexicanas que conocemos hasta el día de hoy.

Indudablemente una de las características de la etapa nacionalista fue que la mayoría de sus escritores, fueron literatos políticos. Una parte importante de las élites políticas mexicanas decimonónicas se encontraba entre las filas de los literatos.

A diferencia de esta etapa, si hoy nos preguntasen sobre la relación entre política y literatura, la respuesta seguramente sería unánime: no hay relación. Debido a cambios culturales, sociológicos y educativos, pero también porque el significado mismo de la literatura ha cambiado.

Para nuestra visión de siglo XXI, la literatura son creaciones imaginarias o de ficción que generan placer en el lector. Pero en el siglo XIX, en la literatura -y más en la nacionalista- imperaba un valor moral que se combina con el valor estético; predominaba el deber.

Trascurridos 150 años de los referidos planteamientos literarios, periodo en el que México se consolidó como nación independiente y cuyo desarrollo económico de finales de siglo, lo colocó en posibilidades de abrirse al mundo literariamente hablando; hoy nos encontramos cultural y literariamente hablando en un escenario completamente distinto, el de la globalización y digitalización, en el que todo es posible.

Hoy en la literatura, como en cualquier otra área, consumimos infinidad de productos, en muchos casos, sin limitaciones; con ello, no quiero decir, que esta nueva forma de consumo esté mal, pero tal vez, sea el momento de retomar la esencia de aquel proyecto literario que no sólo refuerce nuestra cultura e identidad -que mucho hace falta- sino que plasme la realidad mexicana del siglo XXI.

Con lo anterior, no planteo que el programa literario plasmado en las *Revistas Literarias de México* sea aplicado hoy tal como su autor lo concibió; más bien me parece necesario tomar la esencia de su planteamiento y aplicarlo a las circunstancias actuales. De su publicación a ahora, han transcurrido 150 años y al menos el porcentaje de alfabetización del país se ha elevado; sin embargo, la lectura literaria ha quedado en gran medida relegada.

Profundizar en la vida y obra de Ignacio Manuel Altamirano, supone un cierto enamoramiento de su actividad literaria. Fue lo que me pasó. Decidí desarrollar el programa

literario de las *Revistas Literarias de México* porque me parece digno de rescatar, pese a que nuestro entorno económico, cultural y social es algo diferente. Me parece importante reconsiderar este proyecto literario.

En las condiciones actuales del país, juzgo que resulta relevante rescatar la visión que Altamirano tenía sobre las letras y la función que estas debían cumplir en la sociedad.

Aun cuando su concepción literaria perdió fuerza, nunca dejó de escribir. En sus últimos días de vida, en sus cartas se puede apreciar un dejo de nostalgia. Comprometió el regreso de sus restos mortales a su país al que le entregó sus esfuerzos físicos en batalla e intelectuales en sus escritos.

Esta es una manifestación de lo que las letras significaban para él:

Quando el alma se fatiga de las tareas graves del estudio o de las enfadosas preocupaciones del trabajo físico, desea un descanso agradable, un entretenimiento inocente, y entonces la lectura de poesías o de novelas viene a ser una necesidad. (*La literatura*, tomo I, pág. 37).

La obra de Ignacio Manuel Altamirano es de las que hacen acceder lo mexicano a la existencia literaria, resultado de la urgencia que intuyó de crear una cultura que expresara la nacionalidad naciente. A su programa literario, dedicó los mejores años de su madurez intelectual y en él que creyó firmemente hasta sus últimos años de vida. Conjugó el pensamiento con el ejercicio.

Bibliografía

- Altamirano, Ignacio M. *Clemencia. La Navidad en las Montañas. Cuentos de Invierno. El Zarco*. Comp. Agustín Cortés. México: Promociones Editoriales Mexicanas, 1979. Impreso.
- _____ . *Obras Completas*. México D.F.: SEP, 1992. Impreso.
- _____ . *Antología*. Comp. Nicole Girón. Toluca: Gobierno del Estado de México, 2007. Impreso.
- _____ . *La literatura nacional*. Ed. José Luis Martínez. Tomos I, II y III. México D.F.: Porrúa, 1949. Impreso.
- Barrera Enderle, Víctor. *Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-1870)*. México: Jus, 2010. Impreso.
- Batis, Huberto. *Índices de El Renacimiento. Semanario Literario Mexicano*. México D.F.: UNAM, 1963. Impreso.
- _____ . *El Renacimiento. Periódico Literario (México, 1869)*. México D.F.: UNAM, 1979. Impreso.
- Blanco, José Joaquín. *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*. México, D.F.; Cal y Arena, 1996. Impreso.
- Bobadilla Encinas, Gerardo. *Emancipación y literatura en México durante el siglo XIX*. Madrid; Editorial Pliegos, 2012. Impreso.
- _____ . *Estudios sobre literatura mexicana del siglo XIX*. Madrid; Editorial Pliegos, 2009. Impreso.
- Bobadilla Encinas, Gerardo (coord). *Independencia y literatura en México durante los siglos XIX y XX*. Madrid; Editorial Pliegos, 2011. Impreso.
- Campos, Marco Antonio. “La Academia de Letrán”. *Revistas Filológicas*. Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM. 29 marzo 2019. <https://revistas-filologicas.unam.mx/literatura-mexicana/index.php/lm/article/view/288/288>.
- Campos, Rubén M. *El bar. La vida literaria de México en 1900*. México, D.F.: UNAM, 1996. Impreso.
- Canudas Sandoval, Enrique G. *Viaje a la República de las letras*. México, D.F.: CONACULTA, 2000. Impreso.

- Carballo, Emmanuel. *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*. México D.F.: Universidad de Guadalajara, 1991. Impreso.
- _____ . *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*. México, D.F.: Océano-CONACULTA, 2001. Impreso.
- Castañón, Adolfo. *Arbitrario de literatura mexicana*. México, D.F., Vuelta, 1993. Impreso.
- Castro Ponce, Samuel. “Las publicaciones periódicas en México del siglo XIX”. *Infotecarios*. Blog colaborativo de Bibliotecomía y Documentación. 26 Julio 2019. www.infotecarios.com/publicaciones-periodicas-en-mexico/#.XZ-9NEZKjIW.
- Clark de Lara, Belem. *Letras Mexicanas del XIX. Modelo de Comprensión Histórica*. México, D.F.: UNAM, 2009. Impreso
- Clark de Lara, Belem y Ana Laura Zavala. *La Construcción del Modernismo*. México, D.F.: UNAM, 2002. Impreso.
- Clark de Lara, Belem y Elisa Speckman Guerra (ed.). *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Tomos I, II y III. México, D.F.: UNAM, 2005. Impreso.
- Curiel Defossé, Fernando, et al. *El Historiador frente a la historia. Historia y literatura*. México, D.F.; UNAM, 2000. Impreso.
- Curiel Defossé, Guadalupe y Belem Clark de Lara, coord. *Aproximaciones a una historia intelectual. Revistas y asociaciones literarias mexicanas del siglo XIX*. Ciudad de México; UNAM, 2016. Impreso.
- *Despertador Americano, El. Primer periódico insurgente. Facsimile y proceso*. México; Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1964. Impreso.
- Díaz y de Ovando, Clementina. “La visión histórica de Altamirano”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. UNAM. 7 Octubre 2019. <http://www.analesiie.unam.mx/index.php/analesiie/article/view/568>.
- Domínguez Michael, Christopher. *La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863*. Ciudad de México; COLMEX, 2016. Impreso.
- *El Liceo Hidalgo*. Dir. Eduardo Patiño Díaz. Canal 22, 2018. Fílmico.
- *Espejo del Siglo XIX para 1960. Almanaque literario*. México; Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, 1959. Impreso.

- García Rivas, Heriberto. *Historia de la literatura mexicana*. México, D.F.; Textos Universitarios S.A., 1972. Impreso.
- Garizurieta, César. *Isagoge sobre lo mexicano*. México, D.F.: Porrúa y Obregón S.A, 1952. Impreso.
- Girón, Nicole. *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca*. Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura, 1993. Impreso.
- _____ . *Semblanzas del Estado de México en la obra de Ignacio Manuel Altamirano*. Toluca: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1980. Impreso.
- González Peña, Carlos. *Historia de la literatura mexicana*. México, D.F.; Porrúa, 1928. Impreso.
- Guillermo Gutiérrez, León. *La novela en México en el siglo XIX*. Ciudad de México; Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2017. Impreso.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México, D.F.; FCE, 1949. Impreso.
- *Homenaje a Ignacio M. Altamirano*. Universidad Nacional de México. México; Imprenta universitaria, 1935. Impreso.
- Howland Bustamante, Sergio. *Antología literaria de autores mexicanos*. México, D.F.: Editorial F. Trillas, S.A., 1962. Impreso.
- _____ . *Historia de la literatura mexicana. Con algunas notas sobre Literatura de Hispoamérica*. México, D.F.: Editorial F. Trillas, S.A., 1967. Impreso.
- Illades Aguiar, Carlos. *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*. México, D.F: UAM, 2000. Impreso.
- _____ . *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*. México, D.F.: CONACULTA, 2005. Impreso.
- _____ . “Lo nacional-popular en el romanticismo mexicano”. *Universidad Autónoma Metropolitana*. 20 julio 2019. <http://www.uam.mx/difusion/revista/nov2003/illades.pdf>
- *Iris, El Periódico crítico y literario*. Ed. facsimilar. México, D.F.: UNAM, 1986. Impreso.

- José Palti, Elías. *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*. México; FCE, 2005. Impreso.
- Jiménez Rueda, Julio. *Letras mexicanas en el siglo XIX*. México, D.F.: FCE, 1989. Impreso.
- *La Academia de Letrán*. Dir. Eduardo Patiño Díaz. Canal 22, 2018. Fílmico.
- *La expresión nacional: letras mexicanas, siglos XIX y XX*. Nodulo TV. 2018. Youtube. Fílmico.
- Martínez, José Luis. *El trato con los escritores y otros estudios*. México, D.F., UAM, 1993. Impreso.
- _____ . *La Expresión Nacional*. México, D.F.: Secretaria de Cultura. 1993. Impreso.
- Negrín, Edith. *Ignacio Manuel Altamirano. Para leer la patria diamantina*. México, D.F.: CONACULTA, 2012. Impreso.
- Olea Franco, Rafael. *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. México, D.F.: COLMEX, 2001. Impreso.
- Oseguera, Eva Lydia. *Literatura mexicana e hispanoamericana*. México; Publicaciones cultural, 2002. Impreso.
- Pacheco, José Emilio, et al. *En torno a la cultura nacional*. México; FCE, 1982. Impreso.
- Quirarte, Vicente. *Elogio de la calle: biografía literaria de la Ciudad de México*. México, D.F.: Car y Arena, 2001. Impreso.
- _____ . *Ignacio Manuel Altamirano*. México, D.F.: CONACULTA, 2012. Impreso.
- Renacimiento, El. Hemeroteca Nacional de México. UNAM. <http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a402?resultado=14&tipo=publicacion&intPagina=0>. Impreso.
- Reyes, Alfonso. *Obras completas. XXV. Resumen de la literatura mexicana. (Siglos XVI-XIX)*. México, D.F.; FCE, 1991. Impreso.
- Rodríguez Chicharro, César. *Estudios de literatura mexicana*. México, D.F.; UNAM, 1983. Impreso.

- Rueda de la Serna, Jorge. *Historiografía de la literatura mexicana*. México, D.F.; UNAM, 1996. Impreso.
- _____ . *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, D.F.; UNAM, 1996. Impreso.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen. *La prensa, pasado y presente de México*. México, D.F.: UNAM, 1987. Impreso.
- Sandoval, Adriana. *Narrativa del siglo XIX: lecturas y relecturas*. Ciudad de México; UNAM, 2017. Impreso.
- _____ . *Los novelistas sociales*. México, D.F.: UNAM, 2010. Impreso.
- Santacilia, Pedro. *El hombre y su obra*. Tomo I y II. México: Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, A. C., 1983. Impreso.
- Schneider, Luis Mario. *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*. México, D.F.: FCE, 1975. Impreso.
- Sierra, Catalina y Cristina Barros. *Ignacio Manuel Altamirano*. México, D.F.: CONACULTA, 1993. Impreso.
- Sierra, Justo. *Prolegómenos de la Reforma*. México, D.F.: UNAM, 2006. Impreso.
- Tola de Habich, Fernando. *La crítica de la literatura mexicana (1836-1895)*. México, D.F.; Ediciones Coyoacán, S.A. de C.V., 2000. Impreso.
- _____ . *Museo literario*. México; Premia editora, 1984. Impreso.
- _____ . *Homenaje a I.M. Altamirano (1834-1893)*. México; Premia editora, 1984. Impreso.
- Treviño, Blanca Esthela. “Literatura Mexicana del siglo XIX”. Entr. Gabriel Díaz. *El Nuevo México*. Youtube. Septiembre, 2019. Fílmico.
- Warner, Ralph E. *Bibliografía de Ignacio Manuel Altamirano*. México, D.F.: Universidad de Colorado, 1955. Impreso.